

VARIEDAD DE CUENTOS CORTOS



CUENTOS PARA NIÑOS

Ordenados por títulos

#	TÍTULO DEL CUENTO	PÁG.	RASGOS DEL CARÁCTER
1	¡QUE REGUERO!	39	DILIGENTE, PULCRO
2	¿CÓMO ES DIOS?	7	AFECTUOSO, OBEDIENTE
3	¿CUÁNTA TIERRA?	11	MODERADO
4	ALMUERZO DE JOE GREEN, EL	24	AMABLE, MAGNÁNIMO
5	ARAÑA, LA	5	PRUDENTE, PERSPICAZ, OBEDIENTE, JUSTO
6	BUEN TIEMPO DE LA PEQUEÑA LILY, EL	6	OBEDIENTE, RESPECTUOSO
7	DESHONESTIDAD	13	HONESTO
8	DIECISIETE COBARDES	14	HONESTO, VERAZ
9	ENTRAR A LA LUZ	176	CONFESIÓN, BONDADOSO
10	GUANTES TENTADORES, LOS	53	HONESTO, ESTRICTO
11	HACHIKO, EL PERRO FIEL	18	FIEL
12	HÉROE HUMILDE, UN	19	HUMILDE
13	HONRAR A LOS PADRES [PARA QUE TE VAYA BIEN]	23	RESPECTUOSO
14	HONRAR A LOS PADRES AL SER AGRADECIDOS	21	AGRADECIDO, RESPECTUOSO
15	HONRAR A LOS PADRES POR MEDIO DE LA OBEDIENTE	22	OBEDIENTE, RESPECTUOSO
16	JINETE MISTERIOSO, EL	8	FIEL, AGRADECIDO, VERAZ
17	LEÓN Y EL RATÓN, EL	26	HUMILDE, BONDADOSO, MISERICORDIOSO
18	MANERA MÁS DURA, LA	27	PRUDENTE, HONESTO, RESPONSABLE
19	MINUTO MÁS, UN	55	PUNTUAL, ESTRICTO
20	EL MONTÓN DE BASURA DE RICHARD, LA BOOKMARK NOT DEFINED.	ERROR!	HUMILDE, PERSEVERANTE
21	ORACIÓN DEL VAGABUNDO, LA	33	OBEDIENTE, RESPECTUOSO
22	OVEJA Y EL CERDO QUE EDIFICARON UNA CASA, LA	34	COOPERATIVO, CORPORATIVO
23	PERSEVERANCIA	35	PERSEVERANTE
24	PIEDRA CALIENTE, LA	36	HONESTO, VERAZ
25	PLANTA SENSITIVA, LA	37	EXACTO, BONDADOSO, RESPECTUOSO
26	PRIMER ROBO, MI	29	HONESTO
27	REFERENCIAS DE LARRY DEAN, LAS	41	CORTÉS, GENUINO, AGRADECIDO, BONDADOSO, RESPECTUOSO
28	REVANCHA DE ROSE, LA	46	AMPLIO DE CORAZÓN, PERDONADOR
29	RONNY, EL TREPADOR DE SOGA	48	EXACTO, HONESTO, PERSEVERANTE
30	SABIO COMO SALOMÓN	50	JUSTO, HONESTO, SABIO
31	TENTACIÓN, LA	51	COMPASIVO, PERSPICAZ, OBEDIENTE, SABIO

CUENTOS PARA NIÑOS

Ordenados por rasgos del carácter

#	RASGOS DEL CARÁCTER	TÍTULO DEL CUENTO A	PÁG.
1	AFECTUOSO	¿CÓMO ES DIOS?	7
2	AGRADECIDO	HONRAR A LOS PADRES AL SER AGRADECIDOS	21
		JINETE MISTERIOSO, EL	8
		REFERENCIAS DE LARRY DEAN, LAS	41
3	AMABLE	ALMUERZO DE JOE GREEN, EL	24
4	AMPLIO DE CORAZÓN	REVANCHA DE ROSE, LA	46
5	BONDADOSO	ENTRAR A LA LUZ	17
		LEÓN Y EL RATÓN, EL	26
		PLANTA SENSITIVA, LA	37
		REFERENCIAS DE LARRY DEAN, LAS	41
6	COMPASIVO	TENTACIÓN, LA	51
7	CONFESIÓN	ENTRAR A LA LUZ	17
8	COOPERATIVO	OVEJA Y EL CERDO QUE EDIFICARON UNA CASA, LA	34
9	CORPORATIVO	OVEJA Y EL CERDO QUE EDIFICARON UNA CASA, LA	34
10	CORTÉS	REFERENCIAS DE LARRY DEAN, LAS	41
11	DILIGENTE	¡QUE REGUERO!	39
12	ESTRICTO	GUANTES TENTADORES, LOS	53
		MINUTO MÁS, UN	55
13	EXACTO	PLANTA SENSITIVA, LA	37
		RONNY, EL TREPADOR DE SOGA	48
14	FIEL	HACHIKO, EL PERRO FIEL	18
		JINETE MISTERIOSO, EL	8
15	GENUINO	REFERENCIAS DE LARRY DEAN, LAS	41
16	HONESTO	DESHONESTIDAD	13
		DIECISIETE COBARDES	14
		GUANTES TENTADORES, LOS	53
		MANERA MÁS DURA, LA	27
		PIEDRA CALIENTE, LA	36
		PRIMER ROBO, MI	29
		RONNY, EL TREPADOR DE SOGA	48
		SABIO COMO SALOMÓN	50
17	HUMILDE	HÉROE HUMILDE, UN	19
		LEÓN Y EL RATÓN, EL	26
		MONTÓN DE BASURA DE RICHARD, EL ERROR! BOOKMARK NOT DEFINED.	
18	JUSTO	ARAÑA, LA	5
		SABIO COMO SALOMÓN	50
19	MAGNÁNIMO	ALMUERZO DE JOE GREEN, EL	24
20	MISERICORDIOSO	LEÓN Y EL RATÓN, EL	26
21	MODERADO	¿CUÁNTA TIERRA?	11
22	OBEDIENTE	¿CÓMO ES DIOS?	7
		ARAÑA, LA	5
		BUEN TIEMPO DE LA PEQUEÑA LILY, EL	6
		HONRAR A LOS PADRES POR MEDIO DE LA OBEDIENTE	22

		ORACIÓN DEL VAGABUNDO, LA	33
		TENTACIÓN, LA	51
23	PERDONADOR	REVANCHA DE ROSE, LA	46
24	PERSEVERANTE	MONTAÑA DE PORQUERÍAS DE RICHARD, LA BOOKMARK NOT DEFINED.	ERROR!
		PERSEVERANCIA	35
		RONNY, EL TREPADOR DE SOGA	48
25	PERSPICAZ	ARAÑA, LA	5
		TENTACIÓN, LA	51
26	PRUDENTE	ARAÑA, LA	5
		MANERA MÁS DURA, LA	27
27	PULCRO	¡QUE REGUERO!	39
28	PUNTUAL	MINUTO MÁS, UN	55
29	RESPECTUOSO	BUEN TIEMPO DE LA PEQUEÑA LILY, EL	6
		HONRAR A LOS PADRES [PARA QUE TE VAYA BIEN]	23
		HONRAR A LOS PADRES AL SER AGRADECIDOS	21
		HONRAR A LOS PADRES POR MEDIO DE LA OBEDIENTE	22
		ORACIÓN DEL VAGABUNDO, LA	33
		PLANTA SENSITIVA, LA	37
		REFERENCIAS DE LARRY DEAN, LAS	41
30	RESPONSABLE	MANERA MÁS DURA, LA	27
31	SABIO	SABIO COMO SALOMÓN	50
		TENTACIÓN, LA	51
32	VERAZ	DIECISIETE COBARDES	14
		JINETE MISTERIOSO, EL	8
		PIEDRA CALIENTE, LA	36

LA ARAÑA

En un día caluroso de verano un caballero se detuvo a pensar sobre un tema que le preocupaba mucho. Él se preguntaba cómo era posible que muchos de sus conocidos habían cedido a la tentación, y habían sido acabados. Se preguntaba cómo podían caer enredados en las redes del tentador, sin poder salir, hasta ser arruinados.

Mientras él meditaba en el tema, vio junto a la acera, a un gusano moviéndose suavemente. Se movía silenciosamente y sin temor. "Bien", se dijo el caballero a sí mismo, "ese pobre gusano puede seguir su camino confiadamente, a pesar de que no recibe guía alguna. No lo acecha ningún destructor para enredarlo, mientras que nuestros jóvenes, intencional y conscientemente son destruidos.

En ese momento vio una araña cruzar el camino alrededor de un pie delante del gusano. Ella no parecía estar pensando en el gusano, ni el gusano en ella. Cuando la araña llegó muy cerca de cruzar el camino se detuvo y se quedó quieta. El gusano seguía, pero de pronto fue detenido por un hilo muy fino, tan fino que nuestros ojos no podrían ver. La araña lo había tejido mientras corría delante de él.

Al verse detenido, el gusano intentó regresar. En el instante en que se volteó, la araña se lanzó de nuevo, haciendo girar un nuevo hilo detrás de ella. El pobre gusano ahora fue enredado por segunda vez, y se retorció y giraba en todas direcciones para escapar. El gusano ahora parecía sospechar que algo andaba mal, pues cada vez que se volvía la araña tejía otro hilo.

Hubo cada vez menos espacio para el gusano moverse, excepto hacia el hueco de la araña. Ese hueco estaba abierto, todos los otros lados se estaban reduciendo cada vez más. También se podía notar que cada vez que el gusano se movía se le hacía más difícil alejarse.

Así que su agonía lo llevó a acercarse más al lugar de la muerte. Le tomó una hora para hacer todo esto, y para entonces el gusano fue llevado cerca del agujero del destructor. Ya comenzaba a sentirse impotente, y si hubiera podido gritar, sin duda lo hubiera hecho.

Y ahora la araña lo observó por un momento, como si disfrutara de la agonía del gusano. La araña se mofaba de su propia destreza para venir sobre él. Instantáneamente la vida comenzó a fluir y nuevamente atacó al pobre gusano y en esa agonía murió.

La Sra. Araña enganchó a su víctima en otro hilo y la llevó a su agujero donde se dio un festín, tal vez contando el número de víctimas pobres que ella ha destruido de esa misma manera.

Cuando veo a alguien no considerar a su padre y a su madre, sabiendo que les produce sufrimiento;

Cuando veo a alguien ir al bar y beber acompañado;

Cuando veo a alguien ir al cine, donde solo se despliega la maldad y no hay nada bueno;

Cuando tengo razones para sospechar que alguien toma dinero que no es suyo de su padre o jefe aunque desea devolverlo luego—Recuerdo siempre a la araña y a su víctima y sufro que el destructor está tejiendo sus mallas alrededor de cada joven y lo atrae a la misma trampa.

EL BUEN TIEMPO DE LA PEQUEÑA LILY

"¡Oh, cielos! Desearía que no me importara mi madre. Cuando crezca y tenga una niña, le permitiré que haga lo que le plazca. Si quiere ir a jugar después de la escuela no haré que venga directo a casa."

Así decía Lily mientras caminaba lentamente hacia la escuela, sintiéndose un poco incómoda porque su mamá pensó que no era seguro que una niña que acababa de reponerse de una fiebre fuera a jugar a la charca esa tarde.

En la casa, la mamá de Lily se dijo a sí misma, "Me pregunto si hubiese sido seguro para Lily ir a jugar en el agua. Lamento haberla decepcionado, pero temía que se resfriara. Pienso que mañana debería darle permiso para hacer lo que ella desee. Tal vez eso le permita ver si será tan feliz como ella cree que lo sería."

Esa noche Lily llegó a la casa y comenzó a inquietarse. "Yo sé que no me habría resfriado jugando en la charca," ella resintió.

"Mañana podrás hacer lo que te plazca en todo, Lily," dijo su madre.

"¿realmente lo dices en serio?" exclamó la niña jubilosamente.

"Ciertamente, querida."

"¡Oh, acaso no tendré un tiempo maravilloso! ¡Cuánto deseo que mañana fuese ahora!"

La siguiente mañana después del desayuno Lily dijo, "Ahora, mamá, no creo que asista a la escuela hoy."

"Haz como desees, querida," dijo su madre.

La niña se fue afuera y pronto su madre la vio en el columpio bajo el árbol. A la media hora ella reapareció diciendo, "Madre, ¿podrías darme algo de comer?"

"Toma lo que desees," respondió su madre. Lily entonces se sirvió un pedazo generoso de bizcocho de frutas.

Las horas de la mañana pasaron lentas y pesadamente para la niña. Trató un pasatiempo tras otro, pero encontró que jugar a solas no era placentero. De hecho, hubiese estado contenta de que su madre le hubiera dado algún trabajo pero ella era muy orgullosa para admitir que estaba equivocada y pedir alguna tarea.

Después del almuerzo dijo, "No creo que vaya a la escuela esta tarde, pero no te preocupes si no llego a la casa hasta la hora de la cena."

"Muy bien," dijo la madre, sonriendo silenciosamente.

Después de la escuela, algunas amigas de Lily dijeron, "Ven con nosotros, Lily, y caminemos en la charca, no sabes cuánto nos divertimos."

La niña vaciló. Algo dentro de ella le decía que no fuera, pero sofocando la pequeña voz, corrió detrás de las niñas. Sin embargo, no disfrutó caminar en el agua tanto como lo esperaba. Las niñas le chipotearon agua y al final una de las niñas más grandes, solo por la diversión de hacerlo, la empujó al agua. Entonces ella comenzó a llorar, y sus compañeras de clase la llamaron una llorona y le dijeron que corriera a su madre. Esto lo hizo gustosamente y antes de que oscureciera su madre vio una pequeña niña con apariencia desesperada, con sus ropas mojadas colgando de su cuerpo llegando a la puerta del frente.

¿Qué supones que hizo su madre entonces? ¿Se rehusó a ayudarla? ¿Le dijo a Lily "ya que has hecho lo que te a plació todo el día, tal vez puedas hacer como te plazca sobre el secarte y calentarte"? No, ciertamente; ella le ayudó a cambiarse su ropa mojada por una seca y le dio una cena caliente. Entonces, la envolvió cómoda y cálidamente en su cama. Mientras su madre se reclinaba para darle un beso antes de dormir, Lily tiró sus brazos alrededor de su cuello y le dijo, "Pienso que es muy bueno que Dios le dio a las niñas pequeñas madres que toman cuidado de ellas, ya que ellas saben mucho más que los niños."

Adaptado de una historia en *Choice Stories for Children*

¿CÓMO ES DIOS?

¿Cómo es Dios? Si quieres saber, escucha esta historia.

Había una vez un muchacho. Llamémosle Johnny. Johnny siempre estaba llegando tarde a su casa por jugar afuera.

Un día, su mamá y su papá se cansaron de sus tardanzas. Dijeron, “¡Escucha Johnny! Nunca llegas a la casa a tiempo para cenar. Tu cena siempre se te enfría. Siempre la tenemos que recalentar para ti. Esto tiene que parar. La próxima vez que llegues tarde a la casa te daremos pan y agua. Eso será todo. No mantequilla, ni mantequilla de maní, ni jalea. Sólo pan y agua.”

Bien, al día siguiente Johnny llegó tarde para la cena, otra vez. Entró a la casa y se sentó en la mesa. Su mamá y papá, quienes tenían sus platos con carne, papas y vegetales delante de él, no dijeron ni una palabra. Calladamente le dieron a Johnny un plato con pan y un vaso de agua.

Johnny estaba confundido. Nunca pensó que su mamá y papá hicieran tal cosa. ¿Cómo pudieron? Pero él estaba equivocado.

El papá de Johnny esperó que la lección fuera aprendida. Luego, silenciosamente, tomó su propio plato lleno de carne, papas y vegetales y lo puso delante de Johnny. Después, tomó el plato de Johnny y lo puso delante de sí.

Ahora, Johnny ya es un hombre. No hace mucho, Johnny dijo, “¿Sabes cómo es Dios? Lo he conocido toda mi vida. Lo he conocido desde aquella noche en que mi padre cambió su plato por el mío.”

Esto es una historia real. Esto pasó de verdad.

Tomado de *HLIGN* por John Timmer. Zondervan Publishing, 1997.

EL JINETE MISTERIOSO

La abuela McAlpine tenía cerca de 80 años de edad, pero podía recordar casi todo sobre su niñez. ¡Cuánto amaban sus nietos escucharla!

Una noche Frank y Bessie estaban visitando a la abuela en su casa. Pronto trataron de persuadirla a que les contara una de sus grandiosas historias de hace tiempo atrás.

“¡Por favor, abuela!” rogaba Bessie. “Solo una. Amamos escuchar tus historias.”

“¡Sí, por favor!” replicó Frank. “Tú sabes, abuela, aquella que prometiste contarnos acerca del corredor misterioso.”

Una sonrisa salió de la cara de la abuela.

“Está bien entonces,” dijo la abuela. “Acomódense y se las contaré ahora.”

Frank y Bessie se sentaron lo más cerca posible de la abuela y la miraban a su cara llenos de expectación.

“Esto sucedió hace cerca de 75 años atrás en este octubre,” comenzó la abuela. “Yo era una pequeña niña de 5 años, pero lo recuerdo todo tan claramente como si hubiera ocurrido ayer.”

“El verdadero comienzo de mi historia es, sin embargo, hace como cien años más o menos antes de eso. Mi tataro abuelo dejó el Viejo Mundo y se embarcó con su familia a América. Se asentaron en Nueva Inglaterra, y sus hijos crecieron y se mudaron a sus propias fincas. En una de esas familias mi padre nació. Cuando él era solo un hombre joven escuchó a la gente hablar de las grandes y maravillosas tierras en el Oeste.

“Por allá, hacia la puesta del sol, se decía, había miles y miles de millas cuadradas de bosques maravillosos donde crecían los más grandes árboles que cualquiera haya visto. La tierra era tan rica que podía crecer el trigo más fino que ningún agricultor haya levantado. Todo lo que se podía desear estaba allí.”

“Mi padre escuchó. Le parecía prometedor para él. Era todo lo que había deseado. Habló con mi madre y finalmente se decidieron a ir.”

“No había trenes en aquel entonces, ni carreteras. Significaba un viaje de 3,000 millas a través de praderas abiertas, a través de bosques y ríos, y sobre altas montañas. Tenían que acomodar todos sus bienes sobre una carreta cubierta halada por dos bueyes.”

“Háblanos sobre la carreta cubierta,” dijo Bessie.

“Bueno, solo una palabra,” dijo la abuela, “ya que no hemos llegado a la historia real aun. La mayoría de las carretas cubiertas se construían con tabloncillos fuertes y gruesos. Eran hechas largas y estrechas, para que se pudieran usar como botes al cruzar ríos.”

“¿Viajaste en una de esas carretas cubiertas?” preguntó Bessie, con sus ojos abiertos con asombro.

“Sí, ciertamente lo hice,” dijo la abuela. “Yo tenía solo 5 años cuando comenzamos, pero aun puedo ver todo lo sucedido en ese largo, largo viaje.”

“¿Cuánto tiempo tomó?” preguntó Frank.

“Más de seis meses,” dijo la abuela. “Dejamos nuestra casa en abril, tan pronto como la nieve se fue. Era octubre antes de que pudiéramos ver el Monte Hood, en Oregon, lejos, lejos en el Oeste. Otras siete u ocho carretas estaban en nuestra caravana, y día a día nos movíamos lentamente tan rápido como los bueyes nos podían llevar.”

“Algunos días eran muy, muy calurosos y todos teníamos una sed terrible. Yo pienso que los bueyes lo sentían más que nosotros ya que ellos hacían la mayor cantidad del trabajo. Recuerdo un día que habíamos viajado muchas millas sin agua. Repentinamente el buey se detuvo. Se rehusaba a halar la carreta una yarda más. Papá le quitó el yugo sobre ellos, y repentinamente comenzaron a

correr. Ellos ya habían visto u olfateado el agua a más de una milla de distancia, pero estaban demasiado débiles para llevar la carreta con ellos.”

“¿Los atraparon?” preguntó Frank.

“Oh, sí,” dijo la abuela. “Eso fue fácil. Ellos solo querían beber agua. Entonces salimos otra vez.”

“¿Pero el corredor, el corredor misterioso, cuando apareció?” preguntó Bessie.

“Espera solo un minuto,” dijo la abuela. “ya llegaremos a todo eso en buen tiempo. Algunas otras cosas habrían de suceder primero. Nosotros corrimos día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Los pobres bueyes tenían las patas más y más adoloridas y débiles. Papá no se atrevía a darles mucho descanso, ya que sabía que teníamos que pasar las montañas antes que comenzara a caer la nieve.”

“La comida comenzó a acabarse. Se nos permitía a comer solo cierta porción al día y nada más, ya que Papá decía que si nos tardábamos y la comida se acababa moriríamos en el camino.”

“Los bueyes estaban cada vez más cansados, y más y más preocupaciones crecieron en Papá mientras nos movíamos hacia el Oeste. Finalmente, comenzamos a escalar las Montañas Cascade. No puedo pensar que alguien encontrara una vía a través de ellas, ya que no había hermosas carreteras como las de hoy. Todo era tan salvaje y rocoso que casi nos salimos de la carreta en varias ocasiones. Aun así seguimos subiendo y subiendo, con los bueyes jadeando y sudando al frente y Papá empujando lo más que podía en la parte de atrás.”

“Finalmente llegamos a la cima. En la distancia se podía ver el Monte Hood, con su espigado pico blanco en el sol de la mañana. Sabíamos que todavía quedaban algunos días de viaje, pero nos parecía que el viaje estaba por terminar.”

“Esa mañana algo terrible sucedió. Uno de nuestros bueyes murió. El escalar la montaña fue demasiado para él. Nos quedamos entonces con solo un buey, y uno solo nunca podría halar esa pesada carreta. Papá estaba desesperado por saber qué podía hacer. Habló con las demás personas de las otras carretas. Ellos lo lamentaban pero no podían hacer nada. Sus bueyes estaban casi desgastados también y su comida estaba a punto de terminarse. Ellos sintieron que tenían que seguir sin nosotros y así lo hicieron.”

“Nunca olvidaré cómo todos nos sentimos cuando perdimos de vista la última carreta bajando el empanado y áspero camino. Estábamos solos en la cima de las Montañas Cascade sin manera de salir y con suficiente comida para dos o tres días.”

“La noche llegó. Estaba muy frío. Papá se preguntaba si la nieve llegaría y qué haría entonces. Prendió un fuego, Mamá nos dio algo de comer y me acostaron. Papá y Mamá se sentaron y hablaron sobre qué podían hacer.”

“Bueno, bueno” dijo Papá a Mamá, ‘Seguramente el gran Dios que nos ha guardado seguros todo este largo camino a través de tantos problemas no va a dejarnos ahora. Vamos a arrodillarnos en la cima de la montaña y contarle a Él nuestra situación.’”

“Ellos se arrodillaron en la oscuridad con el viento frío soplando alrededor de ellos y le dijeron a Dios todo lo que había ocurrido. Le dijeron cómo confiaban en que Él cuidaría de ellos. Ellos se levantaron y poco después trataron de dormir.”

“La noche llegó. Las brillantes y frías estrellas miraban abajo hacia nuestro pequeño y solitario campamento. El amanecer estaba comenzando a salir cuando repentinamente Papá se sentó. El silencio fue roto por unos sonidos extraños.”

“Ch’ppety-clop, chppety-clop, chppetyclop.”

“¡Caballos!’ Papá susurró.”

“¿Crees que sean indios?’ susurró Mamá sentada a su lado.”

“No sé,’ Dijo Papá. ‘Debemos esperar y ver.’”

“Se quedaron silenciosamente al lado de la carreta escuchando y velando mientras el sonido de las pisadas de los caballos estaban cada vez más cerca.”

“Súbitamente de la oscuridad salió una voz. ‘¡Que tal!’ dijo alguien.”

“¿Quién es?’ Papá exclamó.”

“Un amigo’ fue la respuesta.”

“En la tenue luz de la mañana Papá solo podía ver la forma de un hombre sobre un caballo con otro caballo a su lado. Él caminó hacia el extraño.”

“¿Está en problemas?’ pregunto el jinete misterioso.”

“Lo estamos,’ dijo Papá. Un problema desesperante. Uno de nuestros bueyes murió y estamos varados aquí sin apenas tener suficiente para comer.”

“El jinete misterioso nos llevó a su propia casa y nos alimentó. Entonces nos prestó otro buey para que pudiéramos terminar nuestro viaje seguros.”

“¿Cuál era el nombre del jinete misterioso?” preguntó Frank.

“Nunca nos dijo,” dijo la abuela. “El solamente dijo que lo llamáramos Coronel, y así le hemos llamado desde entonces.”

“¿Pero cómo los encontró?” preguntó Bessie.

“Ah,’ dijo la Abuela, esta es la parte más maravillosa de la historia, ya que no había teléfono ni telégrafo en esos días. Todo lo que Papá podía hacer era decirle a Dios y confiar que Él haría todo lo demás.”

“Toda mi vida,” ella añadió, “nunca he olvidado esa terrible noche en la montaña y al jinete misterioso que llegó a nuestro rescate. Niños, quiero que siempre recuerden que el gran Dios a quien amamos y servimos nunca se olvida de los Suyos.”

¿CUÁNTA TIERRA?

Tales son los caminos de todos los que son codiciosos de ganancia; quita la vida de sus poseedores.
Proverbios 1:19

*Sea vuestra conducta sin amor al dinero, satisfechos con lo que tenéis ahora;
porque Él dijo: "No te desampararé, ni te dejaré"*
Hebreos 13:5

Leo Tolstoy, un escritor ruso, escribió muchas historias hermosas. Una de sus historias es acerca de un hombre llamado Pakhom. Déjenme contarles la historia.

Pakhom es un granjero que tiene un solo deseo—poseer más tierra. Un día Pakhom escuchó que en el país de los Bashkirs había tierra en abundancia por un precio barato. Así que él va allá y habla con el jefe de Bashkir. “¿Cuál es el precio de su tierra?—preguntó Pakhom.

“Solamente mil dólares por día” —contestó el jefe.

“¿Cuántos acres de terreno sería eso? —preguntó Pakhom.

“No vendemos por acre de terreno,” —respondió el jefe. “Vendemos solamente por día. La cantidad de tierra que usted pueda recorrer por un día, esa tierra será suya. Esa es la manera en que calculamos el terreno, y el precio es mil dólares por día.”

“Pero, permítame advertirle, debe regresar el mismo día al lugar donde comenzó su recorrido, de lo contrario perderá los mil dólares.”

“Trato hecho” —dijo Pakhom.

El día siguiente, antes de que amaneciera, Pakhom y su sirviente, el jefe de Bashkir y sus hombres, fueron a una montaña con una vista hacia una extensa área de pastizales. El jefe se quitó su gorra, la colocó al suelo y dijo, “éste será su punto de salida, coloque su dinero en la gorra y diga a su sirviente que se quede aquí velando el dinero mientras usted no está. Desde este punto de salida comenzará y a este lugar debe regresar.”

Pakhom sacó el dinero, lo colocó en la gorra y comenzó a caminar hacia el Este. Un par de hombres de Bashkir cabalgaban detrás de él para ir cercando el terreno de Pakhom.

Luego de caminar un par de millas, Pakhom sintió calor y se quitó alguna de su ropa. Luego, Pakhom se quitó sus botas. Caminar sin ellas será más fácil, se dijo a sí mismo. Caminó y caminó—mientras más lejos iba, mejor era la tierra.

Pakhom empezó a cansarse. Mirando hacia el sol, se da cuenta que es tiempo de almorzar. Sin detenerse a sentarse, come algo de pan. Después de comer, nuevamente se siente fortalecido. Y sigue avanzando.

El sol parece calentarse más y más, y Pakhom está agotado. Cuando ya está listo para regresar al punto de partida, ve otra hermosa sección de tierra. Él decide que debe tenerla, por lo que continuó caminando.

Ya se está haciendo tarde, y Pakhom debe regresar antes de la puesta del sol. Así que, finalmente, comienza su regreso al punto de salida. “Debo darme prisa en regresar, de lo contrario no voy a llegar a tiempo”, se dijo Pakhom.

Pakhom ya tiene los pies adoloridos y de vez en cuando tambalea caminando. Pero aún le queda un largo camino por recorrer. Para llegar a tiempo, Pakhom comienza a correr. Ya puede escuchar a los hombres de Bashkir animándolo. Y ya puede ver a su sirviente sentado al lado de la gorra. Pakhom llega a la montaña justo cuando el sol rojizo toca la tierra. Se apresura por la ladera, luego se tropieza y se cae. Mientras se cae, extiende su mano hacia la gorra y la toca.

“¡Pakhom, realmente has ganado mucho terreno!” —gritó el jefe de Bashkir.

Pero Pakhom no lo escuchó. Cuando su sirviente intentó levantarlo, se dio cuenta que Pakhom estaba muerto.

Después de un rato, el jefe se levantó, tomó una pala del suelo, la tiró al sirviente de Pakhom y le dijo, “¡Entiérrelo!

Luego que los hombres de Bashkir se fueron, el sirviente enterró a su amo en una pequeña parcela—suficientemente grande para el cuerpo de su amo.

El pobre Pakhom era un hombre codicioso. Él pensó, “Mientras más terreno posea, más feliz seré.”

Pero Jesús dijo, “¿qué aprovechará al hombre, si gana todo el mundo, y pierde la vida de su alma?”

Tomado de *HLGN* por John Timmer. Zondervan Publishing, 1997.

Adaptación del cuento corto de Leo Tolstoy titulado, *¿Cuánta tierra necesita un hombre?*

DESHONESTIDAD

Hace algún tiempo un joven de aproximadamente dieciséis años vino del campo a Boston para aplicar a un puesto en una de nuestras primeras casas mercantiles. El líder de la empresa recibió al joven de la manera más amable y pidió a su hijo que, en esa misma tarde, llevara al desconocido a ver los alrededores de la ciudad para que le mostrara los sitios principales.

Mientras se divertían paseando, el joven desconocido le contó a su compañero que, mientras él venía en tren esa mañana, le había dado a un muchacho un centavo brillante a cambio de una ninfea (lirio de estanque), y que la moneda se la había dado por error como de cinco centavos; entonces el vendedor de lirios le había devuelto cuatro centavos de cambio.

El hijo del comerciante cuestionó la honestidad de la transacción, sin embargo, el joven del campo lo defendió desde el punto de vista de su viveza. Sorprendido por la falta de principios de su compañero, el hijo del comerciante le contó a su padre sobre la transacción, quien al otro día interrogó al joven del campo al respecto y encontró que el muchacho se enorgullecía de lo que había hecho.

“¿Acaso no fue cruel e injusta la trampa que le tendiste a ese pobre muchacho, quien tal vez tiene a su madre enferma a la que tiene que sostener con su trabajo?” Le preguntó el buen comerciante.

“Eso es asunto suyo,” dijo el joven.

“¿Tu conducta no fue deshonesta?” Preguntó el comerciante.

“No sé si lo fue. El debió haber sido lo suficientemente inteligente para no darme el dinero.”

“Joven,” dijo el comerciante, “a eso que tú hiciste yo le llamo robar, y si yo hubiera tomado esos cuatro centavos, estoy seguro que se habrían quemado y hubieran hecho un hoyo en mi bolsillo.”

El joven descaradamente contestó: “No han hecho un hoyo en el mío señor.”

Disgustado al haber descubierto semejante oblicuidad moral [desviación del camino recto] en el joven, el comerciante le dijo que era imposible darle empleo a alguien quien expresó tales opiniones deshonestas en un asunto tan pequeño, porque para asuntos de gran importancia personas con tales ideas sueltas de honestidad con toda seguridad fracasarían.

Después de muchos buenos consejos, el joven fue enviado a casa donde estaba su padre, junto con una carta escrita por el comerciante en relación a lo ocurrido arriba y lamentando que las circunstancias habían hecho que perdiera toda confianza en el muchacho. Así que, este joven perdió una oportunidad excelente para triunfar en la vida; no obstante se espera que la lección le haya enseñado de ahora en adelante que “la honestidad es la mejor recomendación.”

DIECISIETE COBARDES

*"Confesará el pecado que ha cometido; y hará restitución completa por el mal que hizo...
Y lo dará a aquel contra quien hizo el mal."—Números 5:7*

Bill y Susan llegaron corriendo a la casa. Estaban tan apurados que no se dieron cuenta que su padre estaba sentado en su silla reclinable favorita leyendo el periódico. Susan cerró la puerta apresuradamente. Ambos, Bill y Susan, se dejaron caer en el sofá sin aliento y asustados.

La madre escuchando que la puerta se cerró de golpe, entró en el cuarto.

"¿Qué es lo que sucede niños?" preguntó ansiosamente.

"Oh, nada," dijo Bill.

"Nada," hizo eco Susan.

"Sí, es algo," dijo el padre, bajando el periódico y volviendo su mirada hacia ellos.

Los niños lo miraron sorprendidos.

"Puedo decir que algo pasa por la apariencia en sus caras. ¿Qué ha pasado?"

"Oh, bueno, Papi," dijo Bill, moviéndose incómodamente, "verás, estábamos todos jugando pelota en el lote vacío cerca a la casa de la Sra. Boliger."

"Sí, sé dónde es," dijo el padre. "Acostumbraba jugar ahí cuando era un niño."

"Bueno, papi, la bola..." Bill vaciló.

"Ya sé lo que vas a decir," dijo su padre.

"La bola rompió la ventana de la Sra. Boliger."

"Bueno, sí, papi. Fue un accidente, ¿pero cómo lo sabes?" preguntó Bill.

"Lo supuse," dijo el padre. "¿Pero por qué estás tan asustado?"

"No estoy realmente asustado, papi" dijo Bill, "pero la Sra. Boliger es una mujer tan cruel. Ella hace tal escándalo de las cosas."

"¿Qué hiciste después de que la ventana estaba rota?"

"Corrimos," Susan dijo.

"¡Corrieron!" la madre exclamó.

"Sí," Bill dijo.

"¿Cuántos estaban jugando?" preguntó el padre.

"Diecisiete," dijo Bill.

"¿Me quieres decir que todos, los 17, corrieron asustados por lo que una mujer anciana les podía decir?"

"Sí, papi," dijo Bill, dejando caer su cabeza un poco.

"Bueno," dijo el padre, "todo lo que puedo decir es que pienso que ustedes son 17 cobardes, eso es todo."

A Bill y Susan no les gustó eso, pero sabían en sus corazones que el cargo era cierto. Por un momento Bill trató de defenderse.

"Pero Papi, la Sra. Boliger es tan gruñona," dijo él.

"No importa lo gruñona que sea," dijo el padre. "Si ustedes rompieron su ventana, debieron tener el valor de ir y dejarle saber que ustedes lo hicieron y ofrecer pagar por el daño. Ya que no hubiese costado más que unos cuantos centavos la pieza. Dicho sea de paso, ¿quién bateó la bola que rompió la ventana?"

Bill vacilaba. "E-e-e-" comenzó.

"Vamos dime," dijo el padre. "No es posible que hubieran 17 bolas ni que los 17 rompieran la ventana a la vez."

"Eso es correcto, Papi," dijo Bill.

"¿Entonces quién rompió la ventana?"

"Fui yo," dijo Bill, suspirando.

"Eso pensé," dijo el padre, "solo quería que lo admitieras. Y ahora, no importa lo que los demás hagan ustedes dos van a ir de inmediato a la casa de la Sra. Boliger y le dirán que lo sienten y le preguntarán cuánto costará reparar el daño."

"Yo no rompí la ventana," gritó Susan. "No veo por qué debo ir."

"No podemos," gritó Bill, realmente alarmado. "Sencillamente no podemos. Ella es una maniática espantosa."

"Pero, deben ir," dijo el padre firmemente. "Susan, tú estabas jugando y eres responsable también. Estaría mal dejar que sólo Bill se disculpara por sí solo. Lo correcto es pedir disculpas. Así que lávense e iremos."

"¿Quieres decir que irás con nosotros?" preguntó Bill.

"Sí, voy con ustedes hasta la entrada de la casa y ustedes irán a la puerta y hablarán con ella ustedes solos."

"Oh cielos," Bill murmuró para sí mismo, mientras Susan lo empujaba molesta al pasar por su lado de camino a las escaleras.

Dentro de poco los dos volvieron abajo, donde el padre esperaba por ellos. La madre les dio una sonrisa de ánimo mientras salían a la casa de la Sra. Boliger. No fue un viaje placentero. Susan golpeaba las hojas en el camino y miraba de reojo a Bill. Bill no podía estar más asustado que si fuera de camino a la prisión.

"¿Realmente tenemos que ir?" preguntó después de un rato.

"Me temo que sí," dijo el padre. "No hay otra manera. Te vas a sentir mucho más feliz cuando hayas hecho lo correcto."

Calló nuevamente el silencio. Caminaron y los niños desearían que la distancia hubiese sido de 20 millas para que el padre se hubiese cansado y se diera por vencido.

Al fin habían doblado en la esquina y llegaron al lote vacío donde había ocurrido el accidente. La casa de la Sra. Mrs. Boliger se veía completamente y también la ventana rota.

"Aquí estamos," dijo el padre al llegar al pequeño portón blanco de la entrada a la propiedad de la Sra. Boliger. "Esperaré aquí mientras van a la casa y hablan con ella. Estaré cerca por si me necesitan."

No había nada que Bill y Susan pudieran hacer sino seguir solos. Mientras los niños iban por el camino, estaban seguros que los ojos de la Sra. Boliger los estaban observando por el camino.

Bill tocó la campana. Sonó alto y larga, como un verdadero toque de fatalidad.

La puerta se abrió y allí estaba la Sra. Boliger, sonriendo. Ellos no se esperaban eso.

"¿Qué puedo hacer por ustedes?" dijo cortésmente. "Bueno—e—bueno—e—," tartamudeaba Bill, sonrojándose.

"Nosotros—e—nosotros estábamos jugando pelota en el lote cercano a su casa," comenzó Susan.

"Y yo soy el niño quien—e—le dio a la bola que—e rompió su ventana esta tarde y lo lamento mucho," Bill tartamudeo al fin. Vaciló y se retiró un poco como esperando que estallara una bomba.

Pero no fue así. En lugar de eso escuchó una voz muy dulce diciendo, "Estoy orgullosa de ustedes niños. Han roto mis ventanas muchas, muchas veces, pero ustedes son los primeros en venir a decírmelo. Tú eres un real caballero. Y tú, dijo la Sra. Boliger volviéndose a Susan, eres una real joven dama. Ciertamente los han criado bien. Deben tener padres maravillosos."

"Oh," dijo Susan, su cara se coronó con una gran sonrisa ya que la disculpa había quedado atrás, "ese es nuestro padre que está allí. Sucede que el vino con nosotros."

En eso, el padre se había unido a ellos.

"Usted tiene dos buenos niños aquí," dijo la Sra. Boliger. "Sabe señor, nunca nadie ha venido aquí antes a hablarme de esta manera acerca de romper mis ventanas."

"Bueno, Sra. Boliger," dijo el padre, "Bill, Susan, y yo queremos limpiar el vidrio roto y pagar para poner un nuevo vidrio otra vez."

"Oh, querido," dijo la Sra. Boliger. "Odiaría hacerte pagar cuando ninguna de los otros lo ha hecho. Creo que tengo un pedazo de vidrio."

Los niños sonrieron. "Entonces lo colocaremos para usted," dijo el padre.

Hablaron juntos mientras removían el vidrio roto y colocaban el nuevo en su lugar. Dijeron adiós y salieron a su casa.

"Supongo," dijo el padre, "¿Qué usted no se arrepienten de haber ido a verla?"

"Ni un poco," dijo Bill.

"Por qué, ella fue muy amable," Susan exclamó.

"Nunca habría imaginado que la Sra. Boliger pudiera ser así," Bill dijo. "me pregunto ¿por qué los chicos dicen que ella es tan mala? Ella no es mala en lo absoluto. No pudo haber sido más bondadosa y considerada."

"Los niños a veces dicen esas cosas porque no entienden," dijo el padre. "De hecho, ¿no se sienten mejor ahora que han hecho lo correcto, lo valiente, lo que Dios desea que hagan?"

"Seguro que sí," Susan dijo.

"¡Claro, que sí!" dijo Bill. "¡Podría saltar sobre la luna!"

Tomado de "Seventeen Cowards", pp. 17-22, *Uncle Authur's StoryTime*

ENTRAR A LA LUZ

“Quisiera que papá llegue a casa.” Dijo el niño con un tono preocupado en su voz.

“Tu padre estará molesto,” dijo la tía Febe, quien estaba sentada en el cuarto leyendo un libro.

Richard se levantó del sofá donde había estado por media hora, y con un tono de indignación en su voz, respondió: “El estará apenado, no molesto. Papá nunca se molesta.”

“¡Ahí está papá!” Se levantó después de casi diez minutos de haber escuchado el sonido de una campana y fue a la puerta. Regresó lentamente y dijo desilusionado, “No era papá. Me pregunto por qué tarda en llegar. ¡Oh, quisiera que llegue ya!”

“Pareces estar deseoso de meterte en más problema,” comentó la tía, quien ha estado en la casa solo por una semana, y no era muy simpática con los niños.

“Tía Febe, creo que a usted le gustaría verme castigado,” dijo el niño un poco indignado, “pero no será así.”

“Debo confesar,” contestó la tía, “que pienso que un leve castigo no estaría fuera de lugar. Si fueras mi hijo, estoy segura que no escaparías.”

“Yo no soy su hijo, ni quiero serlo. Mi padre es bueno y él me ama.”

La campana sonó otra vez, y una vez más el niño se levantó del sofá y fue a la puerta.

“¡Es papá!” exclamó.

“¡Ah, Richard!” fue el saludo amable del Sr. Gordon mientras tomaba la mano de su hijo. “¿Pero qué te sucede, hijo mío? No te vez feliz.”

“Ven por acá” Richard dirigió a su padre a la biblioteca. El Sr. Gordon se sentó, sin soltar la mano de Richard.

“¿Estás en algún problema, hijo mío? ¿Qué ha sucedido?”

Los ojos de Richard se llenaron de lágrimas mientras miraba el rostro de su padre. Él trató de contestarle, pero sus labios se estremecieron. Entonces, abrió la puerta de una caja de cristal y sacó los fragmentos rotos de una estatua que había llegado a casa apenas el día anterior. Un ceño fruncido apareció en el rostro del Sr. Gordon, mientras Richard colocaba las piezas en la mesa.

“¿Quién hizo esto, hijo mío?” preguntó con voz serena.

“Tiré mi bola en la habitación una vez, solo una vez, porque lo olvidé.” El pobre niño tenía un tono ronco y tembloroso.

El Sr. Gordon se sentó, por un poco de tiempo, para controlarse y reponerse de sus pensamientos alterados. Luego, dijo alegremente:

“Lo que sucedió, Richard, ya no se puede evitar. Guarda las piezas rotas. Puedo ver que ya has tenido suficiente preocupación con esto. No voy a añadir más palabras para aumentar tu angustia.”

“¡Oh, Papá!” El niño echó sus brazos alrededor del cuello de su padre. “Eres tan bueno.”

Pasado cinco minutos, Richard entró a la sala con su padre. La tía Febe miró esperando ver dos rostros tristes, pero no fue lo que encontró. Esto la confundió.

“Fue muy desafortunado lo que sucedió,” dijo ella luego que el Sr. Gordon entró. “Era una exquisita obra de arte. Se arruinó irremediamente. Pienso que Richard fue un niño travieso.”

“Ya hemos resuelto eso, tía Febe,” fue la apacible, pero firme contestación del Sr. Gordon. “Una de las reglas en esta casa es entrar a la luz lo antes posible.”

¡Entrar a la luz lo antes posible! ¡Ese es el mejor camino!

HACHIKO, EL PERRO FIEL

La ciudad de Tokyo es una de las ciudades más grandes del mundo. Tiene muchas estaciones de tren. Una de las estaciones de Tokyo más concurridas es la de Shibuya; y justo afuera de la estación de Shibuya hay una estatua de un perro, un perro llamado Hachiko.

Hachiko pertenecía a un hombre llamado el Señor Ueno. Todas las mañanas sin importar el clima, Hachiko acompañaba al Sr. Ueno hasta la estación Shibuya donde el Sr. Ueno tomaba el tren. Hachiko siempre se quedaba esperándolo hasta que desaparecía en la estación, luego daba la vuelta y se iba a casa.

Una mañana de primavera, como siempre, Hachiko acompañó a su señor a la estación. “¡El señor Ueno dijo: Nos vemos esta tarde, mi amigo!” y lo dejó para subirse al tren. Como de costumbre, antes de regresar a casa, Hachiko observaba a su señor hasta que ya no podía verlo más.

Esa tarde Hachiko regresó a la estación a la hora acostumbrada. Esperó y esperó y esperó, pero su señor no apareció. Esa tarde el señor Ueno había muerto repentinamente, pero claro está, Hachiko no lo sabía. Hachiko esperó por muchas horas; después regresó solo a casa.

No obstante, al otro día Hachiko fue a la estación otra vez a esperar a su señor venir. Él fue una y otra vez, días tras día, año tras año.

Una mañana, casi diez años después que su señor había muerto, Hachiko fue a la estación de Shibuya como era costumbre. Para este tiempo ya era un perro viejo, y caminar a la estación era cada vez más difícil para él. Esperó en el mismo lugar. De repente cayó al tropezar y murió.

La gente de Tokyo había sido tan impresionada por la fidelidad de Hachiko que hicieron una estatua en memoria de él. Cuando viví en Japón, muchas veces pasé junto a la estatua. Cada vez que la veía pensaba: *Si este perro, que fue creado por Dios, era totalmente fiel, ¿puedes imaginarte cuán fiel debe ser Dios, quien creó a este perro?*

Tomado del libro: *How Long Is God's Nose?* Escrito por John Timmer. Zondervan, 1997.

[NOTA: La historia con fotos se puede encontrar en Wikipedia]

UN HÉROE HUMILDE

Porque Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da gracia. 1 Pedro 5:5b

Cierta vez un niño llamado Johnny quien vivía en las afueras de un pequeño pueblo tenía que caminar aproximadamente una milla para la escuela en el cual habían pocas casas. Todos los días, en el camino, tenía que cruzar un puente que se extendía sobre el río que fluía justo al lado del pueblo. La mayor parte de las veces iba acompañado con algún amigo, pero no este día en particular.

La escuela había comenzado y Johnny aún no había entrado al salón de clases. Miss Gibson estaba sentada en su escritorio marcando la lista de asistencia.

“Todo el mundo parece estar a tiempo hoy en la escuela,” dijo ella. “Todos excepto Johnny. ¿Alguno lo ha visto?”

Nadie habló.

“¿Alguien sabe si Johnny está enfermo hoy?”

Alguien alzó la mano. “No puede estar enfermo, Miss Gibson, porque yo lo vi pescando en el arroyo ayer en la tarde.”

“Gracias,” dijo Miss Gibson, cerrando el libro. “Necesito entregar la libreta de asistencia a la oficina. Regreso en un momento. Por favor, manténganse en sus pupitres trabajando en silencio hasta que regrese.

Apenas se había ido un minuto, cuando la puerta del salón abrió, y ahí entro Johnny. Inmediatamente, al verlo empezaron a cuestionar. Todos hablaban a la vez.

“¡Johnny!” gritó uno de los niños. “¿Qué has estado haciendo?”

“¡Johnny!” gritó otro. “¿Qué te paso? ¿Dónde has estado?” Tenían razón porque preguntar. Nadie había llegado a la escuela con la apariencia que tenía Johnny en ese momento. Johnny estaba realmente mojado. Su cabello lucía desordenado como si hubiera estado nadando. Su ropa estaba empapada, y sus zapatos aplastaban el agua entre sus pies mientras caminaba.

Todos gritaron de la risa.

De momento el pestillo de la puerta se empezó a mover. Hubo un silencio instantáneo. Johnny se movió rápidamente a su pupitre y se sentó. La maestra entro y observó el salón.

“Así que por fin estas aquí, Johnny,” ella dijo. “¿Tienes alguna excusa por llegar tarde?” Ella lo miró de cerca. “¿Qué le ha sucedido a tu cabello?”

“Nada” dijo Johnny, mientras intentaba peinarse.

“¡En pie!”

Johnny se paró. Ella vio su camisa mojada y sus pantalones empapados. Parecía como si él quisiera pasar desapercibido.

Alguien levanto la mano. “Miss Gibson, hay un charco debajo del asiento de Johnny.”

En ese momento, todos comenzaron a reírse nuevamente.

“¡Silencio!” Dijo Miss Gibson. “¿Johnny, por qué estas empapado? ¿Qué te paso?”

“Bueno...” comenzó Johnny. Estaba teniendo un poco de dificultad al contestarle a la maestra porque se acordó de un versículo que había aprendido esa semana de como Dios resiste a los soberbios pero bendice a los humildes.

Pero luego, en ese momento la puerta se abrió nuevamente, y esta vez era el principal, con dos policías detrás de él. Entraron al salón caminando directo al escritorio de la maestra.

“¿Esta Johnny Gordon en el salón?” el principal le pregunto Miss Gibson.

“¡La policía!” susurraron todos los niños.

“Ahí está,” dijo Miss Gibson.

“La policía,” dijo el principal, “ha venido justamente a preguntar por él. Ellos dicen que brinco el puente esta mañana cuando iba de camino a la escuela y salvo a una niña quien, de camino a la escuela, de alguna manera cayó al río y se estaba ahogando.

“¿Tú, eres Johnny?” uno de los oficiales preguntó, volteándose a Johnny.

“Sí, oficial.”

“Sabes, Johnny, lo que hiciste fue bien peligroso. ¿No había algún adulto alrededor que le pudieras pedir ayuda?

“No, Señor. Yo miré pero no había nadie. Yo tengo un certificado de salvavidas, así que ya había practicado varias técnicas en mi clase de natación para salvar vidas. Sé que si no hubiera hecho nada, esa niñita no hubiera sobrevivido.”

“Estoy bien orgulloso de ti,” dijo el principal. “Lo que hiciste fue algo bien valiente. Que Dios te bendiga. ¿Pero por qué viniste de la escuela así? ¿Por qué no regresaste a tu casa a cambiarte?”

“Bueno, es que mi padres están detrás de mi diciéndome que tengo que tomar mejor cuidado de mi ropa y temía que se molestaran conmigo por haber empapado mi ropa,” dijo Johnny. “Pensé que se iban a secar eventualmente y a lo mejor nadie se daría cuenta. Y además, ya estaba tarde para la escuela.”

“Bueno, ellos no están molestos contigo,” dijo el principal. “Y tampoco yo lo estoy, o tu maestra, por llegar tarde. He estado hablando con tus padres y están igual de orgullosos que yo.” “¿Estamos todos orgullosos de él, verdad, estudiantes?

Mucho de los niños, en especial los que se estaban riendo de Johnny unos minutos antes, se quedaron sin palabras. Simplemente asentaron con la cabeza. Algunos dijeron, “¡Bien hecho, Johnny!” Todos estaban bien impresionados con su compañero de clase y luego, en el recreo, muchos vinieron a preguntarle sobre lo que había pasado y para felicitarlo. ¡No es todos los días que tienes a un verdadero héroe en tu propio salón de clases, y uno tan humilde!

Adaptado de *Uncle Arthur's StoryTime*

HONRAR A LOS PADRES AL SER AGRADECIDOS

Probablemente te preguntes qué significa que Dios ordene que honremos a nuestro padre y a nuestra madre. Bueno, una manera de honrar a nuestros padres es ser agradecidos por todo el cuidado que nos han dado, y también darnos cuenta que todo lo que tenemos, como niños que somos, proviene de ellos. Pero, como ya sabemos, una imagen vale más que mil palabras. La siguiente historia que les voy a contar, nos muestra una muy buena imagen del honrar a través del agradecimiento y el aprecio.

¿Han escuchado hablar de la historia de Dave? Aunque Dave solo tenía 10 años, todo el tiempo pensaba en dinero. Una mañana, cuando bajó a desayunar, puso una tarjeta en el plato de su mamá. Cuando su mamá vio la nota, no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. La tarjeta decía:

Mamá debe a Dave:

\$2.00 por hacer diligencias

\$2.00 por limpiar su cuarto

\$2.00 por cortar la grama

\$2.00 por cuidar a Mary

Cantidad total que mamá debe a Dave: \$10.00

Después de que la mamá de Dave leyó la tarjeta no dijo ni una palabra. A la mañana siguiente, había una tarjeta en el plato de Dave y encima del plato un billete de diez dólares.

Dave tomó el billete de diez dólares y se alegró.

Mmm, "Soy un muy buen negociante" él pensó. Luego leyó la tarjeta que le había puesto su mamá. Decía:

Dave debe a su Madre:

\$0.00 por tres comidas diarias

\$0.00 por ropa, zapatos y juguetes

\$0.00 por una recámara hermosa

\$0.00 por recoger el desorden que deja todos los días

Cantidad total que Dave le debe a Su mamá: \$0.00

¿Qué creen que hizo Dave con el billete de diez dólares? Si tú hubieras sido Dave, ¿qué hubieras hecho?

Adaptación de una historia encontrada en *HLIGN* por John Timmer, Casa Publicadora Zondervan.

HONRAR A LOS PADRES POR MEDIO DE LA OBEDIENTE

Quizás te preguntes qué significa que Dios ordene que honremos a nuestro padre y a nuestra madre. Bueno, una de las maneras en que honramos a nuestros padres es al obedecerlos. Pero, como ya sabemos, una imagen vale más que mil palabras. La siguiente historia que les voy a contar nos muestra una muy buena imagen de lo que es honrar por medio de la obediencia.

Déjenme hacerles una pregunta: ¿Alguna vez han visto a un avestruz tragarse una manzana? No se parece en nada a un gato tragarse un pedazo de carne. El pedazo de carne que se come un gato baja tan rápido al estómago del gato que casi lo escuchas golpear el fondo del estómago.

Pero un avestruz tiene un cuello bien largo. Cuando un avestruz se traga una manzana, le toma mucho tiempo bajar al estómago.

Déjenme hacerles otra pregunta: ¿han visto a una jirafa tragarse una sandía? No se parece en nada el ver a un amigo tragarse una galleta. La galleta de tu amigo baja tan rápido a su estómago que casi la escuchas golpear el fondo del estómago.

Pero una jirafa tiene un cuello bien largo. Cuando una jirafa traga una sandía, le toma mucho tiempo bajar al estómago de la jirafa. Supongo que una jirafa debería comer el desayuno por la tarde y el almuerzo por la mañana para que cada comida llegue a tiempo a su estómago.

Déjenme hacerles una pregunta más: ¿No crees que algunas veces te pareces a un avestruz o a una jirafa? ¿Qué no? Bueno, algunas veces me parece...

Cuando tu mamá o tu papá te mandan a recoger el tiradero de tu cuarto tú les dices: “¡Okay!” ¿Cuánto tiempo esperas antes de ir a recoger tu cuarto? ¿Unos minutos?, ¿unas horas? o ¿hasta un día completo? Si es así, entonces te pareces a un avestruz o a una jirafa. Te tragas las palabras de tu mamá o de tu papá, pero le toman mucho tiempo a las palabras pasar por tu cuello largo para que hagan algún bien.

Me parece que una persona que quiere honrar a su padre y a su madre, necesita un cuello corto. ¿Qué tal de ti?

Adaptación de una historia encontrada en *HLIGN* por *John Timmer*, Casa Publicadora Zondervan.

HONRAR A LOS PADRES [PARA QUE TE VAYA BIEN]

Había una vez un anciano, tan anciano que sus manos le temblaban. Cuando comía, algunas veces su cuchara se desviaba de su boca y derramaba la comida en el mantel. Su hijo y su esposa, con quienes él vivía, encontraban desagradables los hábitos alimenticios del anciano. “Limpiar el tiradero nos toma mucho tiempo,” decían ellos. “deberías comer en una esquinita de la cocina... Ven acá detrás de la estufa.”

Así que, cada vez que comían, hacían comer al anciano detrás de la estufa y le servían su comida en un plato de arcilla. Un día, su plato se le cayó de sus manos temblorosas y se le rompió. Su nuera al perder el temperamento le dijo al anciano: “si actúas como cerdo, entonces debes comer como cerdo.” Así que, le compró un tazón barato de madera, como los que usan para alimentar a los cerdos. Desde aquel día, el anciano comía todas sus comidas en un tazón de madera.

Después de algunos años, la mujer y su esposo tuvieron un hijo y cuando tenía cuatro años lo encontraron jugando con unos pedazos de madera.

“¿Qué haces hijo?” le preguntó su papá.

“Estoy haciendo un tazón de madera.” Le dijo.

“¿Un tazón de madera?”—Preguntó el papá— “¿para qué?”

“Para ustedes, para que mamá y papá coman aquí cuando ya estén ancianos como abuelo.”

El hombre y su mujer se miraron estupefactos. No sabían qué decir. Lloraron un poco y trajeron al anciano de regreso a la mesa, lo sentaron en una silla cómoda y le sirvieron en un plato. Desde aquel día ya no se molestaban con el anciano cada vez que tiraba su comida

Adaptado de *Brothers Grimm story, "The Old Man and His Grandson"* [El anciano y su nieto]).

EL ALMUERZO DE JOE GREEN

Era un poco más de mediodía y un grupo de niños alegres estaba sentado en la grama, bajo la sombra de los árboles del patio de recreación de la escuela. Un poco más tarde se dispersarían en diferentes direcciones en su juego, pero primero ellos debían atender el contenido de sus bolsas de almuerzos.

“A mí me gustaría saber”, dijo Howard Colby, “por qué Joe Green nunca viene aquí a comer su almuerzo con el resto de nosotros. Él siempre se va por algún lugar hasta que terminamos”.

“Supongo que él trae muchas cosas ricas (chucherías/ dulces/pasteles/bizcochos) y tiene miedo que se las robemos,” dijo otro.

“¡Bah!”, dijo Will Brown, lanzándose hacia atrás en la grama; “quizás él no trae absolutamente nada. Yo escuché a mi papá decir que a esa familia le está yendo mal desde que el Sr. Green fue asesinado. Mi mamá dice que no siente lástima por ellos, por gente que no tiene problema en ser pobres y orgullosos”.

“Bueno,” dijo Sam Merrill, “Yo sé que Mary Green le ha pedido a mi mamá que le deje hacer algún trabajo de costura, pero, la gente que hace eso a veces no son pobres”.

“Y Joe está usando pantalones con parchos,” dijo Howard Colby.

“Les digo algo, chicos,” dijo Will Brown, “vamos a vigilar mañana para ver qué él trae. Ustedes saben que él siempre está en su silla cuando suena la primera campana, y podemos echar un vistazo en su almuerzo antes de que pasen lista.”

Los chicos estuvieron de acuerdo con esto, todos, excepto Ned Collins, quien estaba sentado silenciosamente comiendo su almuerzo. Él no había tomado parte en la conversación. Él simplemente comentó, mientras se sacudía las migajas de sus rodillas: “No veo qué hay de divertido en eso y parece malo e irrespetuoso para mí. Estoy seguro que ustedes no tienen que saber que trae Joe para comer o dónde va a comérselo.”

“Tú siempre el más bueno de los buenos, Ned Collins,” dijo Will Brown despectivamente.

Ned no pudo soportar que se rieran de él. Sus ojos brillaron por un minuto y luego se levantó de repente, gritando: “¡Hurra, chicos, football!” En cinco minutos todo el patio estaba en un escándalo lleno de diversión y juego.

Al día siguiente en la mañana, al sonar el primer timbre, media docena de caras pícaras, echaron un vistazo adentro del salón. Ahí estaba Joe Green, entretenido jugando con su lápiz sobre los ejercicios de álgebra. En un instante se apresuraron a entrar al salón de casilleros, pronto todo el grupo estaba haciendo presión alrededor de Will Brown, mientras el sujetaba la misteriosa bolsa de almuerzo en su mano. Entre ellos, a pesar de la demostración del día anterior, estaba Ned Collins.

“Es tan grande como para guardar las raciones diarias de un regimiento”, dijo Harry Forbes, mientras Will sacaba una bonita servilleta blanca. Lo próximo que sacaron fue un periódico completo grande y luego al final de la bolsa, había una papa fría. Eso era todo. Will lo levantó, con una mueca cómica y los chicos se rieron en voz alta.

“Mira aquí,” dijo Howard, “vamos a tirar las cosas y llenarle su bolsa con carbón. ¡Será tan divertido verlo abrirla!”

Los chicos estuvieron de acuerdo y llenaron la bolsa rápidamente y colocaron la servilleta cuidadosamente en la parte de arriba. Antes de que sonara la campana, ellos iban de camino a clase.

Ned Collins fue el último en salir del salón. Tan pronto como desapareció el último chico, tan rápido como un rayo, sacó el carbón de la bolsa, reemplazó el papel y llenó la mitad de la bolsa, grande como era, con el contenido de la cubeta brillante de la tía Sally, que a ella le encantaba llenar con dulces para su comida. Ned estaba en su silla casi tan pronto como el resto y a lo largo del día se veía y se sentía tan culpable como los demás, mientras veía las miradas maliciosas y guiños que intercambiaban entre ellos. El mediodía llegó y había la prisa usual para llegar a los casilleros y

recoger sus bolsas de almuerzo; pero en lugar de salir al patio, los chicos se quedaron juntos entre la puerta y el pasillo. Derecho, entre ellos, marchó Ned Collins con su cubeta bajo el brazo.

“¡Hola, Ned!” dijo Sam Merrill. “¿A dónde vas?”

“A casa,” dijo Ned, riendo. “Yo vi a la tía Sally preparando cosas ricas de comer en la mañana y yo quiero mi parte.”

“Pídeme ir a mí también,” grito Howard Colby. En ese momento los chicos estaban espiando a Joe Green mientras llevaba su almuerzo al salón.

“Debí pensar que el sospecharía algo,” susurró Will Brown; “ese carbón debe ser horriblemente pesado.” Joe desapareció en el salón, y los ojos curiosos que se asomaban a través de la grieta de la puerta fueron recompensados en poder ver a Joe abrir su canasta.

“Espero que esta comida no sea pesada al estómago,” susurro Howard Colby. Pero Joe aparentemente solo deseaba leer su periódico, para esto lo tomó por la esquina y lo haló; pero rápidamente se quedó perplejo. Miró adentro sorprendido, y luego sacó, de una manera desconcertada, unos cuantos emparedados gruesos de la Tía Sally, uno de esos deliciosos pasteles redondos que con tanta frecuencia había visto en las manos de Ned, una botella de leche, y algunas nueces y pasas. Era una comida como para rey, así pensó Joe, y asimismo los demás chicos según se asomaban desde su lugar donde estaban escondidos. Pero Joe no probó nada; solo se sentó y lo observó. Luego recostó su cabeza en la mesa; y Freddy Wilson, uno de los más pequeños, susurró, “Supongo que está orando,” así que todos salieron al patio de recreación, sin decir una palabra.

“Eso es trabajo de Ned Collins,” dijo Will Brown, luego de un rato. “Es igual que él.”

“Aun así, estoy orgulloso de ello,” dijo Sam Merrill. “Me he sentido malvado toda la mañana. Los Green no son culpables por solo tener papas frías para comer, y es de imaginarse porque Joe no quería que todos nosotros lo supiéramos.” Will Brown comenzó a sentirse incómodo.

“Mi papá dice que el Señor Green era un hombre valiente,” dijo Sam Merrill, “y que no lo habrían asesinado, si no hubiera pensado en todos antes que en sí mismo.”

“Les diré qué,” dijo el de buena naturaleza Tom Granger, “Yo propongo que demos tres hurras por Ned Collins.” Los chicos saltaron a sus pies, y, tirando sus gorras al aire dieron tres profundos hurras por Ned Collins. Hasta Will Brown se unió al coro, con un fuerte “¡hurrah!”

Más tarde ese día, Sam Merrill explicó todo el asunto a Ned; pero el solo respondió: “He escuchado a mi tía Sally frecuentemente mencionar que es solo pobre diversión lo que se gana cuando herimos los sentimientos de otra persona.”

EL LEÓN Y EL RATÓN

Esopo

He aquí una de las más amadas y antiguas historias sobre que la bondad paga y repaga. De ella aprendemos que la compasión está en el poder de ambos, tanto de los poderosos como de los mansos. La bondad no es una virtud frágil.

Un día un gran león estaba dormido bajo la luz del sol. Un pequeño ratón pasó a través de su pata y lo despertó. El gran león estuvo a punto de comerlo cuando el pequeño ratón le gritó, "Oh, por favor no me coma, déjeme ir, señor. Algún día podría serle de ayuda."

El león se rio con el pensamiento que el pequeño ratón pudiera ser de alguna ayuda para él; pero él era un león con una buena naturaleza, así que dejó al ratón libre.

No mucho después, el león fue capturado en una red. Él tiró y haló con todo su poder, pero las sogas eran muy fuertes. Así que rugió fuertemente. El pequeño ratón lo escuchó, y corrió al lugar.

"Mantente quieto, querido león, y yo te liberaré. Yo roeré las sogas."

Con sus pequeños diente filosos, el ratón cortó las sogas y el león salió de las redes.

"Te reíste de mí una vez" dijo el ratón. "Pensaste que era muy pequeño para hacerte algún bien. Pero ves, le debes tu vida a un pequeño pobre ratón."

LA MANERA MÁS DURA

El que encubre sus pecados no prosperará;

Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia. Proverbios 28:13

“Tim, tengo un mandado más para ti; luego puedes tener el resto de la tarde libre.”

“Grandioso. Gracias, Papá. Pero, ¿qué quieres que haga primero?” Tim respondió.

Su papá dijo, “Quisiera que le llevaras este billete de cien dólares a la viuda, la Sra. Boardman. Se cuidadoso y no lo pierdas.”

“Seré cuidadoso”, prometió Tim. Tim era un niño bueno, y la mayoría del tiempo muy cuidadoso, pero algunas veces, cuando estaba de prisa, olvidaba seguir las instrucciones de su papá de cómo tomar mejor cuidado de su dinero. Tim tenía la tendencia de poner el dinero en su bolsillo en vez de hacer lo que su padre le recomendaba, que era colocar el dinero en su billetera y poner la billetera en su bolsillo. “Esto,” su papá decía, “es ser ordenado—un lugar para todo y todo en su lugar.” Hoy, a pesar de que su padre le había confiado una cantidad bastante grande de dinero, él estaba de prisa porque quería tener su tiempo libre. Después de todo, era el primer día de vacaciones de verano. Así que, puso el billete de cien dólares en su bolsillo. Por lo menos él trato de ser un poco más cuidadoso, debido a lo que su padre le había dicho de no perder el dinero. Lo dobló varias veces y lo metió muy profundo en su bolsillo. Pero, ¿el bolsillo era “el lugar” para su dinero? No, el lugar que su papá le dijo que iba el dinero era en su billetera. Me pregunto, ¿hubiese tomado la misma cantidad de tiempo sacar su billetera y colocar el billete de cien dólares en ella como su papá le había enseñado?

Como dije, era el primer día de vacaciones, y Tim se sentía contento de estar afuera en el sol de camino a la casa de la Sra. Boardman. Él pensaba en los días buenos que iba a tener más adelante en el verano— ¡dos meses sin escuela! Quizás el día placentero, el aire fresco y la luz del sol tenía algo que ver con lo feliz que se encontraba. Otra cosa hacía a Tim feliz. Él estaba contento de ayudar a su papá al hacer este mandado, y también de que su familia estaba ayudando a la Sra. Boardman.

La Sra. Boardman vivía más adelante en la carretera. Cuando Tim iba de camino a la casa de la señora pensó en estar atento a rocas inusuales en el camino, porque él estaba creando una gran colección de rocas. Conforme las veía las ponía en sus bolsillos. Él pasó su escuela, y el pequeño estanque y estaba pasando un bosquecillo de sauce, cuando de repente decidió hacer un silbato para el camino. Así que, trepó la cerca y arrancó varias ramitas del sauce y las puso en sus bolsillos. Eventualmente, el alcanzó un tronco que estaba en un lote de grama al lado de la carretera. Ahí se sentó e hizo dos silbatos y regó las rocas que había recogido para verlas bien. Algunas de ellas eran bastante inusuales y él estaba feliz que las había encontrado. Las ramitas hacían música maravillosa para los oídos de Tim. Después de un rato de estar sentado en el tronco, pensó que era mejor seguir el camino para casa de la Sra. Boardman para terminar su mandado y continuar con su día, así que recogió sus rocas y su mejor silbato, y las apiñó en sus bolsillos y se fue. Al abrir el portón de la viuda, Tim puso su mano en su bolsillo para sacar el billete de cien dólares, para tenerlo listo en su mano para entregárselo a ella cuando viniera a la puerta, pero ¡no estaba ahí! Pensando que había verificado en el bolsillo incorrecto, verificó en el otro, esperando sentirlo entre sus dedos. No estaba ahí.

Tim se sintió alarmado. ¿Pudo haberlos perdido? Verificó cuidadosamente en todos los bolsillos, pero el billete de cien dólares estaba perdido. El regresó lentamente, buscando cuidadosamente en la carretera el dinero perdido. El buscó alrededor del tronco, en el bosquecillo de sauce, por el lado de la carretera, todos los pasos que había dado en el camino, ¡pero no había ningún billete de cien dólares! Fue otra vez por la carretera pero no tuvo éxito. Después de un rato se sentó en el tronco para considerar qué podía hacer.

El dinero estaba perdido, no había duda de eso. Su papá siempre le decía que fuera ordenado y pusiera las cosas en su lugar, para que las pudiera encontrar cuando las necesitara. Y hoy él le había dicho a Tim que fuera mucho más cuidadoso. Desafortunadamente, él no tomó el camino de su padre. Ahora ¿qué debe hacer? Su primer pensamiento fue regresar a la tienda y decirle a su papá todo lo que había sucedido. Esta sería la forma correcta, pero él no quería ir, pues sabía que su papá lo culparía por no manejar cuidadosa y adecuadamente el dinero.

Tim decidió no ir a donde su papá. Él se fue a jugar con los chicos un rato. Quizás su padre no se enteraría. De cualquier modo no se lo iba a decir de una vez. Entonces se paró del tronco y caminó lentamente hacia los terrenos de la escuela. Rápido comenzó a jugar con los chicos.

En la tarde Tim se fue a la casa y se sentó en la mesa de comedor con su familia. Luego de que la familia había orado por la cena, mientras sus hermanos y hermanas estaban hablando sobre lo que habían hecho en el día, su papá se viró y dijo: “Ah Tim, ¿le llevaste el billete de cien dólares a la Sra. Boardman?”

“Sí, Señor,” rápido respondió Tim.

La pregunta fue hecha tan de repente que no tuvo tiempo de decidir qué contestar. No sentía decir la verdad, como había pensado hace más temprano en el día. Parecía muy difícil. Pensó en hacer las cosas de la manera más fácil y responder “Sí.” ¡La manera más fácil! Pobre chico, no había aprendido todavía que era la manera más dura.

Rápido después de la cena Tim se fue a su cama. Cuando dijo su oración de la noche el no sintió que Dios lo escuchó y esa noche no durmió muy bien.

Cuando despertó en la mañana vio que la luz del sol estaba entrando en su habitación. Salió de su cama muy animado y se vistió. De repente pensó en el dinero perdido, y todos sus pensamientos felices se fueron por la ventana.

El día se fue lentamente. Tim estaba afligido porque le daba temor que su papá se enterara de que había perdido el dinero, pero con cada hora que pasaba se le hacía más difícil decidir el decirle a su papá lo que había sucedido. En la noche Tim no aguantó más. La manera más fácil se había convertido en la maneja más dura. Mientras estaba sentado en la sala decidió ir y decirle a su papá todo. Comenzó a caminar hacia la oficina, donde su papá estaba. Cada paso que daba en la dirección correcta le daba nuevas fuerzas. Abrió la puerta de la oficina y se acercó a la mesa donde su papá estaba sentado escribiendo.

“Bueno, Tim,” su papá amablemente dijo, “¿qué pasó?”

“Ay papá,” dijo el niño, pero no pudo continuar. Bajó su cabeza hacia la mesa y sacudió sus hombros.

Después de unos minutos Tim alzó su cabeza, y comenzó de nuevo: “quiero decirte, papá”—pero era demasiado, él no podía continuar.

“Espera un momento, Tim. Déjame decirte algo primero,” su papá dijo. “Tú me quieres decir que no le llevaste el billete de cien dólares a la Sra. Boardman, que lo perdiste en el camino, que anoche mentiste sobre eso, que te sentiste miserable todo el tiempo. Tú querías decirme, pero no te atreviste. ¿Es eso?”

“Sí, señor,” sollozó Tim.

“Querías tomar un camino que pensaste sería más fácil, pero resultó ser mucho más duro.”

Tim sabía que era verdad. Él vio que se hubiese evitado un montón de tristeza y ansiedad al escoger el camino correcto.

Para que Tim recordara la lección, se decidió que debía ganarse esos cien dólares tan pronto como pudiera y llevárselos a la Sra. Boardman. Tim comenzó a ganarse el dinero, y trabajó muy duro. Eventualmente, antes de que el verano se acabara, lo llevó sin enfadarse, con un corazón liviano, a la Sra. Boardman.

La parte más extraña de todo el asunto fue que mientras Tim regresaba de la casa de la Sra. Boardman pensó para sí mismo, “Déjame verificar una vez más cerca del tronco.” Y qué crees— ¡lo encontró! ¡Estaba encajado debajo del tronco donde no lo había visto la primera vez que buscó!

Adaptado de una historia en *Choice Stories for Children*

MI PRIMER ROBO

Hace muchos años, cuando tenía siete u ocho años, mi casa estaba cerca de una hermosa villa en la parte central del estado de Nueva York. Aunque era una casita humilde, las flores y arbustos florecían tan lujosamente bajo el cuidado tierno de mi madre que la hacía ver como un paraíso a mis ojos tiernos y aun ahora recuerdo la casa de mi niñez como el lugar más dulce de la tierra.

Mi padre estaba en una circunstancia humilde y, bajo un cerrado y laborioso estudio, ganaba el pan diario para su familia, siempre atento al tiempo en que la recompensa de su trabajo nos brindara paz y abundancia.

Yo era el único varón, y era reconocido por todos con la viva imagen de mi padre, y aunque casi me idolatraba, su pobreza me protegió de las gratificaciones de mis deseos infantiles y me salvó del destino de muchos niños idolatrados. Él era un verdadero cristiano, siempre procurando instaurar buenos y santos principios en la mente de mi pequeña hermana y yo.

La distancia entre la casa de mi padre y la villa era como media milla; y el más encantador de los viajes era durante el verano. Tomar la mano de mi padre y acompañarlo en sus visitas a la tienda de la villa, escuchando sus historias y cargando algún paquete pequeño para mi hermana o mi madre era uno de mis mayores placeres.

Había una cosa, sin embargo, que yo deseaba más que nada y que imaginaba me haría sumamente feliz. Una cuchilla para tallar. Así no me vería obligado a pedirle a mi padre la suya prestada cada vez que quisiera cortar un cordón o un palo sino que podría tallar cuando quisiera y tanto como deseara.

Sueños de chiringas, arcos y flechas, botes, etc. Todo manufacturado con mi cuchilla de tallar, esto me molestaba de día y de noche. Le pregunté a mi padre si me compraba una pero el solo prometió cumplir mi deseo en un momento futuro, lo cual me parecía décadas.

En una de estas visitas, lo que constituye el tema de esta historia, nunca lo olvidaré. Era una hermosa mañana de junio cuando mi padre me llamó y preguntó si deseaba acompañarle a la tienda. Yo estaba encantado y tomando su mano comenzamos el viaje. Los pájaros cantaban dulcemente en los arbustos y todo se veía tan animante y hermoso que mi corazón saltaba con bastante gozo. Yo estaba muy feliz. Después que llegamos a la villa y mientras mi padre estaba ocupado comprando unos artículos en una parte remota de la tienda, mi atención fue llevada a un hombre que estaba preguntando los precios de varias cuchillas de tallar que estaban sobre el mostrador. Ya que este era un tema muy interesante para mí, me acerqué con intención de solo mirarlas.

Tomé una, la abrí y la examiné, traté los muelles, sentí el filo con mi dedo pulgar y no podía dejar de admirar su superficie pulida. Oh, si fuera mía pensé, ¡cuán feliz sería! Justo en ese momento, levanté mi vista y vi que el comerciante se había ido a cambiar un billete a su cliente, y que nadie me estaba observando. Por el miedo de que pudiera ser tentado a hacer algo malo comencé a colocar la cuchilla en el mostrador pero un espíritu maligno susurró, "¡Ponlo en tu bolsillo, rápido!" sin detenerme a pensar las consecuencias de mi crimen rápidamente la puse en mi bolsillo y mientras lo hacía sentía que mi mejillas se sonrojaban de la vergüenza pero la tienda era algo oscura y nadie lo notó y el comerciante no extrañó la cuchilla.

Pronto comenzamos el viaje de regreso a casa, mi padre me había dado un paquete para cargar. Mientras caminábamos mis pensamientos estaban en la cuchilla y mantuve ni mano en el bolsillo todo el tiempo por un cierto temor de culpa de que pudiera verse. Esto, junto con tener que cargar el paquete con la otra mano hizo difícil que pudiera mantener el mismo ritmo que mi padre. Él lo notó, y me dio un sermón sobre caminar con mis manos en los bolsillos.

¡Ah! Cuán diferentes eran mis pensamientos entonces de cuando pase la misma escena unas horas antes. La canción de los pájaros no parecía gozosa ya, sino triste y penosa como si me estuvieran regañando por mi acto pecaminoso. No podía mirar a mi padre a la cara ya que me había

alegado de sus preceptos, había roto uno de los mandamientos de Dios y me había convertido en un ladrón. Mientras estos pensamientos pasaban por mi cabeza apenas podía contener mi llanto; pero oculté mis sentimientos tratando de pensar en los buenos momentos que tendría con mi cuchilla. Apenas pude decir nada de regreso a casa y mi padre pensando que estaba cansado o enfermo bondadosamente tomo mi carga y me habló calmadamente, a su hijo culpable.

No bien habíamos llegado a la casa cuando me retire a un lugar seguro, detrás de la casa, para probar la cuchilla robada. Tomé un palo y lo estaba tallando perfectamente encantado con la navaja afilada la cual se deslizaba a través de la madera casi por ella misma, cuando repentinamente escuché la voz de mi padre profunda y apagada llamando mi nombre y cuando miré hacia arriba lo vi en la ventana directamente sobre mi cabeza mirando hacia abajo penosamente hacia mí.

El palo se calló de mis manos y con la cuchilla cerrada en la otra procedí a la casa. Supe por su apariencia que había descubierto todo. Lo encontré sentado en su silla mirando muy apenado. Caminé directamente a su lado y en una voz baja y calmada me preguntó dónde había obtenido la cuchilla. Su manera gentil y su tono tierno fueron a mi corazón y estallé en llanto.

Tan pronto como mi voz me lo permitió, hice una confesión completa. No me golpeó, como otros padres hubieran hecho, pero me reprendió de tal manera que aunque me sentí verdaderamente arrepentido por mi acción— lo amé más que nunca y prometí nunca, nunca hacer semejante cosa. En compañía de mi padre volví a la tienda y de rodillas le rogué al comerciante que me perdonara y prometí nunca más tomar algo que no me perteneciera.

Mi padre murió hace largo tiempo desde ese entonces, y nunca he pensado en mi primer robo sin bendecir su memoria que con sus enseñanzas y correcciones gentiles hicieron de esa por mucho en mi vida y para *siempre*, la última.

EL MONTÓN DE BASURA DE RICHARD

Richard estaba tan contento como un perro con 10 rabos. Siempre había querido "inventar" algo y ahora lo había hecho. Su gran "globo de aire" estaba casi terminado. Había estado trabajando en él por varias semanas. Solo quedaban algunos ajustes aquí y allá. Entonces Richard estaría listo para encender la malla de algodón en la parte de abajo y vería la bolsa de papel llenarse de aire caliente y elevarse lejos hacia el cielo.

Sería un gran día para Richard. Todos sus amigos vendrían a ver la gran hazaña. Richard les había hablado de todo mucho antes de que hubiese preparado el diseño. Ahora estaba seguro que sus ojos se les saldrían al ver el globo completado.

Era algo para ver, también, puedo decirles. Seis pies de alto y cuatro pies de diámetro, no había sido un pequeño trabajo construirlo. Richard hizo primero la estructura de alambre muy fino y fuerte. Entonces cortó tiras largas de papel de pañuelo de varios colores en las formas apropiadas, como en trozos de cascara de naranja. Cuando todas las tiras de papel fueron pegadas juntas hicieron un gran globo de papel sobre la estructura de alambre. ¡Qué tarea había sido la de pegar las tiras juntas y cuántas veces se habían roto o pegado en los lugares equivocados!

Justo al final de la estructura había un círculo de alambre. En el centro del círculo de alambre, apoyado en dos alambres que atravesaban, estaba la malla de algodón. Esta maya de algodón sería encendida, en el momento justo, para calentar el aire dentro del globo. Al fin todos los preparativos fueron hechos. Todos los amigos de Richard estaban parados alrededor esperando impacientes el momento en que el globo zarparía a las alturas.

Richard, sin embargo, no estaba apurado. Quería disfrutar este momento de triunfo. Había trabajado tan fuertemente, y había esperado este momento por tanto tiempo. Continuaba explicando como diseñó el globo. Habló sobre cómo estaba seguro que se elevaría. Contestó una y otra vez las preguntas que sus amigos le hicieron al respecto.

Al fin, le aplicó un fósforo a la malla de algodón. Se encendió y todos los niños se movieron hacia atrás para observar. El aire dentro estaba cada vez más y más caliente, y la gran bolsa de papel de pañuelos gradualmente se llenó.

"¡Se está levantando!" gritó Richard exaltado. "¡Se está levantando! ¡Está subiendo!"

Estaba aplaudiendo emocionado cuando repentinamente un soplo de aire movió el fuego en dirección del papel de pañuelo. No hubo tiempo para salvarlo. En un momento, todo el globo se convirtió en una masa de fuego y se cayó al piso.

¡Pobre Richard! Estaba descorazonado. Corrió adentro ansioso por salir de la presencia de todos sus amigos. Habían esperado tanto de él y su muy anunciado "invento." Se sentía avergonzado de que hubiera hablado tanto al respecto antes de que se probara que era un éxito. También en aquel globo había invertido tanto trabajo. ¡Había tomado todo su tiempo libre por semanas! Ahora no quedaba nada pero un montón de cenizas y alambres enredados.

El padre de Richard lo encontró en su cuarto, llorando desconsoladamente. "No te preocupes tanto por esto," dijo el padre. "Peores cosas han pasado en este viejo mundo, lo que importa no es que el globo se quemó sino que trabajaste muy fuerte para tratar de hacer algo que valiera la pena."

"Pero todo se ha desperdiciado," gimió Richard.

"No todo está desperdiciado," dijo el padre. "Piensa en todo lo que has aprendido. Piensa en todo lo que has leído sobre los globos y todos los pequeños trucos que has descubierto sobre como torcer alambre y pegar papel de pañuelos juntos. No todo está perdido. Algún día se probará su utilidad; espera y veras."

"Pero yo realmente quería inventar algo," sollozó Richard.

"Lo sé," dijo el padre, nada es inventado así de rápido. Piensa en Edison y cuanto tuvo que experimentar antes de inventar la luz eléctrica. Lo mismo es cierto con su fonógrafo y todas las

cosas incalculable que le dio al mundo. ¿Crees que las descubrió todas a la vez? Claro que no. El trabajó y trabajó sobre ellas, tratando y fallando y volviendo a tratar."

"¿Por semanas y semanas como yo hice?" preguntó Richard.

"Por años y años," le consolaba su padre. "Y tuvo tantos fracasos que es increíble que continuara de la manera que los hizo. Debiste ver su montón de basura."

"¿Su montón de basura?" cuestiono Richard sorprendido.

"Ciertamente," dijo el padre. "A esta fecha se muestran a todas las personas que visitan su taller. Está justo afuera de la ventana al lado de su mesa. Cada vez que un experimento le salía mal, Edison lo tiraba por la ventana y comenzaba nuevamente. El no dejó que el fracaso lo desanimara, y tú tampoco debes hacerlo. Construye otro globo y uno mejor la próxima vez. Inventa uno que no se prenda en fuego. Investiga que estuvo mal y corrígelo Así es como todos los inventos que valen la pena han llegado a existir."

"Supongo que si Edison tuvo su montón de basura, yo no debería preocuparme tanto por mi pequeña pila de cenizas," dijo Richard, finalmente sonriendo.

"Eso es cierto," estuvo de acuerdo el padre. "Ese es el espíritu que gana. Todo inventor real tiene su montón de basura. Tuviste un buen comienzo hacia el éxito ya."

LA ORACIÓN DEL VAGABUNDO

En una noche fría y triste en otoño, un muchacho, de vestimenta pobre, pero de un aspecto limpio y ordenado, con una mochila en su espalda, tocó la puerta de un viejo Cuáquero en el pueblo de S y preguntó, "¿Sé encuentra el Sr. Lanman?"

"Sí."

El muchacho deseaba verlo y rápidamente fue llevado a la presencia de su anfitrión.

Friend Lanman era uno de los hombres más ricos en el país y el presidente de una compañía de ferrocarriles. El muchacho había ido a averiguar si podía obtener un empleo. Dijo que era huérfano, su madre había muerto hacía apenas dos meses atrás y ahora era un vagabundo, sin hogar. Pero el chico era muy pequeño para ocupar algún puesto y el Sr. Lanman se vio forzado a negarle. Sin embargo, le gustaba la apariencia del muchacho y le dijo: "Puedes pasar por mi casa esta noche y mañana te daré los nombres de dos o tres hombres buenos de Filadelfia, a quienes puedes solicitar empleo con la seguridad de al menos un trabajo como recepcionista. Siento mucho no tener un empleo para ti."

Más tarde en la noche, el viejo Cuáquero dio las rondas en su mansión espaciosa, con una linterna en mano, como era su costumbre, para ver que todo estuviese seguro antes de retirarse a dormir. Mientras pasaba por el frente del cuarto donde se había ubicado al pobre y huérfano vagabundo para que durmiera, oyó una voz. Se detuvo y escuchó. Distinguió el tono simple de una oración sincera. Inclino su oído más cerca y oyó las palabras que salían del muchacho:

"¡Oh, buen Padre Celestial! Ayúdame a ayudarme a mí mismo. ¡Toma cuidado de mí, mientras tomo cuidado de mi propia conducta y cuida de mí según ameriten mis obras! Bendice al hombre que me refugió por esta noche y líbralo de la ruina, para que continúe compartiendo de su abundancia con los que sufren. Amén."

Y el Cuáquero, respondió con otro "amén" mientras seguía su camino y meditaba: "El muchacho verdaderamente tiene una idea de los deberes de la vida. Ciertamente creo que el chico será un tesoro para quien le de empleo", concluyó.

Cuando llegó la mañana, el viejo Cuáquero cambio de opinión en cuanto a la respuesta que le había dado a la solicitud del muchacho.

"¿Quién te enseñó a orar?" preguntó Friend Lanman.

"Mi madre, señor." fue su suave respuesta. Entonces los ojos marrones del rico se humedecieron.

"Y, ¿no olvidarás los consejos de tu madre?"

"¡No puedo! Porque sé que mi éxito en la vida depende de ellos."

"Muchacho, puedes quedarte aquí en mi casa y muy pronto te llevaré a mi oficina."

Friend Lanman vivió para ver al muchacho que adoptó, crecer paso a paso, hasta que finalmente asumió la responsabilidad en la oficina que él ya no podía. Hoy día no hay un hombre más honrado y respetado por sus amigos y nadie más temido por apostadores y corredores irresponsables en la bolsa de valores que éste quien un día fue un pobre vagabundo y ahora es presidente del mejor manejado y más productivo sistema de ferrocarriles en los Estados Unidos.

LA OVEJA Y EL CERDO QUE EDIFICARON UNA CASA

Contada por *Carolyn Sherwin Bailey*
The Book of Virtues, págs. 356-357

Una mañana, temprana y brillante, una oveja y un cerdo de rabo rizado salieron a través del mundo para encontrar una casa. "Nos edificaremos una casa," dijeron la oveja y el cerdo de rabo rizado, "y viviremos juntos."

Así que fueron un largo, largo camino hasta que se encontraron un conejo. "¿A dónde se dirigen?" preguntó el conejo a los dos. "Vamos a edificarnos una casa," dijeron la oveja y el cerdo. "¿Puedo vivir con ustedes?" preguntó el conejo. "¿Qué puedes hacer para ayudar?" preguntaron la oveja y el cerdo. El conejo dijo: "Puedo roer las palos con mis afilados dientes y puedo ponerlas con mis patas." "¡Bien!" dijeron la oveja y el cerdo. "Puedes venir con nosotros."

Así fueron los tres un largo, más lejano camino, hasta que se encontraron a un ganso gris. "¿A dónde se dirigen?" preguntó el ganso gris a los tres. "Vamos a edificarnos una casa," dijeron la oveja, el cerdo y el conejo. "¿Puedo vivir con ustedes?" preguntó el ganso gris. "¿Qué puedes hacer para ayudar?" preguntaron la oveja, el cerdo y el conejo. El ganso gris dijo: "Puedo halar el musgo y rellenar todas las grietas con mi pico ancho." "¡Bien!" dijeron la oveja, el cerdo y el conejo. "Puedes venir con nosotros."

Así salieron los cuatro, un largo, largo camino, hasta que encontraron a un gallo de granero. "¿A dónde se dirigen?" preguntó el gallo a los cuatro. "Vamos a edificarnos una casa," dijeron la oveja, el cerdo, el conejo y el ganso. "¿Puedo vivir con ustedes?" preguntó el gallo de granero. "¿Qué puedes hacer para ayudar?" preguntaron la oveja, el cerdo, el conejo y el ganso. El gallo dijo: "Puedo cantar muy temprano en la mañana y levantarlos a todos." "¡Bien!" dijeron la oveja, el cerdo, el conejo y el ganso. "Puedes venir con nosotros."

Así que los cinco salieron un largo, largo camino hasta que encontraron un buen lugar para una casa. Entonces la oveja labró los troncos y los llevó. El cerdo hizo ladrillos para el sótano. El conejo roeyó las palos y los martilló con sus patas. El ganso halo el musgo y rellenó las grietas con su pico. El gallo canto temprano en la mañana para dejarles saber que era tiempo de levantarse.

Y todos vivieron juntos muy felices en su pequeña casa.

PERSEVERANCIA

Una de las corporaciones de la ciudad necesitaba a un joven en su fábrica. Habían colocado su anuncio en un tablón de edicto de un lugar prominente de modo que los chicos pudieran verlo al pasar. El papel decía, "Se necesita a un chico. Vaya a la oficina mañana en la mañana."

Al tiempo indicado, un grupo de chicos estaban esperando en la entrada. Todos fueron admitidos. Pero la persona que estaba encargada del proceso estaba perplejo sobre cuál sería la mejor manera de escoger a uno de entre tantos. Él dijo, "Chicos, yo solamente necesito uno, y aquí hay una gran cantidad, ¿cómo he de escoger?"

Después de pensarlo un momento, los invitó al patio y colocando un clavo en uno de los grandes árboles y tomando un pequeño palo les dijo que el chico que le diera al clavo con el palo de una corta distancia obtendría el puesto.

Todos los chicos trataron fuerte y después de tres intentos todos fallaron en darle al clavo. Se les dijo a los chicos que regresaran la siguiente mañana y en esta vez cuando se abrió el portón había sólo un chico quien después de haber sido admitido tomó el palo y tirando al clavo le dio en cada ocasión.

"¿Cómo es esto?" dijo el encargado. "¿Qué has estado haciendo?" Y el chico con lágrimas en sus ojos dijo, "Vea, señor, soy un chico pobre. No tengo padre, señor; y quería obtener un empleo para ayudar a mi madre todo lo que pueda y cuando me fui a casa ayer coloqué un clavo en el granero y estuve tratando de darle desde entonces y vine en esta mañana a tratar otra vez."

El chico obtuvo el empleo. Muchos años pasaron desde entonces, y ahora el chico es un hombre próspero y rico y en el tiempo del fuego del Pemberton Mills, él fue el primero en levantarse con un regalo de \$1,000.00 para aliviar a las víctimas.

Su éxito vino por su perseverancia.

LA PIEDRA CALIENTE

Las personas que viven en el centro de África tienen un juego. El juego consiste en tomar una piedra y colocarla en el fuego hasta que esté bien caliente. Luego, un grupo de hombres forman un círculo y uno de ellos saca la piedra del fuego. Debido a que la piedra está bien caliente, el hombre no la puede sostener en sus manos. Entonces, ¿qué hace el hombre? Él rápidamente lanza la piedra al hombre que está a su lado, quien a su vez la lanza al próximo que está a su lado y así sucesivamente alrededor del círculo que ellos formaron.

Cualquiera de los hombres que no lance la piedra rápidamente se quema las manos. Así que, el truco del juego es agarrar la piedra y lanzarla lo más rápido posible.

El mal es como esa piedra caliente. El mal quema; así que, las personas rápidamente lo pasan a la próxima persona cercana a ellos. Permítanme darle dos ejemplos.

Cuando era niño, apenas alcanzaba la azucarera que guardaban en el gabinete del té en la sala de mi casa. Así que, me paraba de puntitas, mojaba mi dedo, lo metía en la azucarera y luego lo lamía.

Pero, por supuesto, yo siempre dejaba un rastro de azúcar en el gabinete. Y por supuesto, cuando mi madre veía la azúcar preguntaba: “¿quién se ha estado comiendo la azúcar?”

Entonces yo, con mi dedo pegajoso y lleno de azúcar, señalaba a mi hermano y decía: “Martín lo hizo”. ¿Ya ven?, yo lancé la piedra caliente a mi hermano.

Adán y Eva hicieron lo mismo. Cuando Dios le preguntó a Adán, “¿Has comido del árbol del cual Yo te mandé que no comieses?” Adán le contestó, “Eva me hizo hacerlo”. Inmediatamente, Adán le lanzó la piedra caliente a Eva.

¿Y qué hizo Eva? Cuando Dios le preguntó por qué ella comió del árbol del cual Dios le mandó que no comiese, Eva dijo, “La serpiente me engañó, y comí”.

¿Ustedes, niños, no hacen algunas veces lo mismo? Cuando hacen algo que está mal y los descubren, ¿qué hacen? Ustedes culpan a su hermano o a su hermana o algún amigo. Ustedes rápidamente les lanzan la piedra caliente a ellos.

Lo que todos deberíamos hacer es soltar la piedra caliente a nuestros pies y no lanzarla a ninguna otra persona. Debemos tomar la culpa por el mal que hicimos, disculparnos por haberlo hecho y pedirle a Dios que nos perdone.

Recopilado de *HLIGN* por John Timmer, Zondervan Publishing, 1997.

LA PLANTA SENSITIVA

Mi madre y sus tres hijos regresaron a vivir con el abuelo. Los niños estaban muy contentos de dejar la ciudad e ir al campo, donde estaban los grandes campos verdes y los árboles bajo cuya sombra podían jugar. El abuelo tenía un hermoso jardín; amaba a un jardín tan bello, y había pasado mucho trabajo para llenarlo con buenos frutos y flores. Llegaba casi hasta un pequeño arroyo. Había allí una casa de verano cubierta por una madreSelva. Era muy placentero y fresco estar en la casa de verano.

El abuelo nos dio a Robert y a mí un pequeño espacio en su jardín. Estábamos muy contentos de tener un pequeño jardín nuestro, cada mañana y cada noche trabajábamos en él. El abuelo dijo que pensaba que nuestra esquina era la esquina más bella en aquel gran jardín. Esto nos hacía muy feliz.

Un día un caballero vino a vernos de muy lejos. Visitó el jardín y habló bastante acerca de los jardines y las flores. Pensamos que los amaba tanto como el abuelo y mamá lo hacían. Cuando ya se iba, me pasó la mano por la cabeza y dijo, "Hijo, te voy a enviar unas semillas de la planta Sensitiva, para que la plantes en tu querido espacio pequeño."

Las semillas llegaron, y mamá las guardó cuidadosamente para la siguiente primavera, cuando tomó más trabajo hacer nuestro jardín, más que de costumbre, por causa de nuestra nueva hermosa planta. No muy bien la había plantado estábamos ansiosos de verla surgir; cada mañana corríamos a verla. "Espero que no nos haya engañado," dijo Robert, después de todo. Mamá dijo que no creía que deseara hacer eso, tal vez la planta estaba esperando a tener más sol.

Después de muchos días, algo comenzó a levantar la tierra. "¡Está saliendo, está saliendo! La planta Sensitiva ha comenzado a salir" grité de la emoción corriendo hacia al cuarto de mamá; "finalmente está aquí; ven a verla mamá." Nunca ninguna planta fue observada con tan profundo interés.

Según fue calentando el clima, las pequeñas ramas salieron del tallo principal y crecieron rápidamente. Un día mientras Robert y yo trabajamos en nuestro jardín, de casualidad él pasó su mano rudamente en contra de ella. Las pequeñas hojas se doblaron juntas ellas mismas repentinamente y se encogieron hacia la tierra; parecían avergonzadas y asustadas. "¡Ves la planta Sensitiva!" grité; "¡Robert la mataste!" "No puede ser," dijo Robert. La miramos asombrados. "Vamos y digámosle a mamá y le preguntaremos que significa." Robert corrió a buscarla. En tanto yo me quedé pendiente a la planta con gran curiosidad; y comenzó a moverse por sí misma nuevamente.

"No está muerta, solamente está terriblemente asustada," grité mientras Robert y mamá venían por el camino. Entonces ella nos dijo que por esa razón era llamaba la planta Sensitiva, porque se encogía tímidamente al toque. Modestamente iba cerrando sus pequeñas hojas y ramas. Parecía tener el poder de sentir en un gran grado, y en este sentido era diferente de muchas otras plantas.

Mientras nos quedamos y observamos, la pequeña cosa se volvió a levantar y a abrió sus hojas; mamá la tocó nuevamente con su dedo. Se encogió de ella instantáneamente. "Esto es extraño suficiente," dijo Robert, "me alegro que el caballero la envió." Robert no dejaba de mostrársela a todo el mundo, ciertamente él nunca se cansaba de tratar sus propiedades maravillosas, y si sentía o no fue una pregunta de la que hablamos sobre una docena de veces a la semana. Era muy asombroso para todos los niños de alrededor. Finalmente alguien nos dijo que perdería su poder sensitivo si lo tratábamos muy a menudo. Desde entonces fuimos muy cuidadosos con ella.

Un día llegué de la escuela muy enojado. Corrí por la larga entrada hacia el jardín. Viendo a Mamá que estaba en el jardín, corrí a través de las plantas de remolachas hacia ella. Ella estaba manejando nuestra planta sensitiva. "Oh," grité, "siempre estas maltratando mi planta sensitiva; no deberías." Me miró a la cara. "La vaca ha estado en el jardín," dijo y entonces se levantó y se alejó.

Me incliné. Observé, la huella de una pata de vaca estaba directamente en el lugar donde la planta crecía; en un lado estaba rasgado y roto, pero la tierra había sido cuidadosamente removida y el tallo erguido. Y mamá en su atento amor había ido en su ayuda.

¡Como pude hablarle así! ¡Cómo podría pagarle por su cuidado! Su mirada de sorpresa triste y modesta reprensión me perforaba el corazón. Daría cualquier cosa por retirar aquellas palabras de enojo. Quise correr y tirar mis brazos sobre su cuello y pedirle perdón. De puntillas, con los ojos borrosos de lágrimas, miré ansiosamente alrededor del jardín. Se había ido. Ninguna buena oportunidad llegó aquella tarde para poder buscar su perdón, y si llegó, tal vez me sentí demasiado avergonzado de mi malvada conducta como para hablar al respecto. Esa noche me acosté sobre mi almohada con un gran peso en mi corazón.

"Mamá. Mi querida mamá, no fue mi intención," sollocé en voz alta cuando la lámpara fue apagada y estaba oscuro. Por desgracia, ella no me escuchó.

Durante la semana hice lo posible para ser un niño diligente y obediente, con la esperanza de reponer el daño de mis molestas palabras; pero ya habían sido dichas y no podían ser retiradas. Las recordaba, aunque ella no lo hiciera. La planta Sensitiva nunca fue igual a lo que había sido para mí.

Veinte años pasaron desde aquel verano, estaba en un lugar lejano de la tierra. Me llegó una carta una noche diciendo que mi mamá estaba muy enferma. Me fui a mi cuarto con dolor en el corazón. El pensamiento de que tal vez no volvería a ver a mi madre llenó mi corazón de dolor. En la noche me levanté pensando en ello. "Madre, querida madre," lloré, "si estuviera cerca de ti." Entonces llegaron vívidamente a mi mente las molestas y desagradables palabras que le había dicho veinte años atrás. Esto añadió a mi pena, pensé en su tierno amor, todas las horas bellas y felices que habíamos pasado juntos. Traté de consolarme pensando en lo feliz que la había hecho, cuánto había añadido a sus alegrías pero por desgracia esto no podía compensar mi corazón por las molestas e hirientes palabras habladas veinte años atrás. No podía olvidarlas, no podía borrarlas ellas venían y duplicaban mi dolor. Las había recordado antes pero ahora parecían más cortantes que espada de doble filo.

Duro, desagradable lenguaje a mi madre, mi querida y mejor amiga –quien me amó tan grandemente, quien con paciencia soportó mis faltas, quien con una mano bondadosa y estable me guió por el buen camino, quien me cuidó en mi enfermedad y cuidó de mí como nadie podía. Nunca podré pagarle. Aun ahora, cuando me siento y recuerdo lo amada y buena madre que ella había sido lloro por el pecado de esas malvadas palabras. Quisiera poder olvidarlas. ¡Oh, desearía nunca haberlas dicho! Hasta este día no puedo ver una planta Sensitiva sino con tristeza. El pecado trajo sombras negras sobre todos nuestros buenos momentos.

Si algún niño lee esta historia, espero que puedan aprender una lección triste y solemne de ella. Si no quieren poner penas en su corazón para un tiempo futuro, el cual nunca sana, sean bondadosos, obedientes y respetuosos con su madre y con su padre. Como mucho, nunca podrán pagar por su amor. Esfuércense por hacer lo que puedan. Háganlos felices, guarden sus labios de que alguna palabra se escape y hiera sus sentimientos, una vez dichas, ya nunca se pueden retirar. Siempre tengan en mente el mandamiento dado por Dios mismo, "Honra a tu padre y a tu madre."

Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación según la necesidad, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo—Efesios 4:29-30a

¡QUE REGUERO!

Pero hágase todo decentemente y con orden. 1 Corintios 14:40

No améis el sueño, no sea que te empobrezcas; abre tus ojos y sáciate de pan. Proverbios 20:13

Franklin estaba solo la mayor parte del tiempo. A él le hubiera gustado tener algunos amigos para invitarlos a su casa, aunque nunca había invitado a nadie. ¿Por qué?

La verdad es que Franklin estaba muy avergonzado. Su familia era perezosa, desordenada y descuidados. Nunca, nunca limpiaban nada. No barrían la casa, no limpiaban los trastes, ni hacían sus camas. ¡Se bañaban de vez en cuando y solo si era totalmente necesario!

La casa estaba tan regada que solo caminar en ella era peligroso. En ocasiones Franklin se resbalaba en los juguetes que estaban tirados por toda la casa. Siempre alguien de la familia se enfermaba o se golpeaba por causa del reguero que había. Sus padres ni siquiera se daban cuenta del reguero que había en la casa; porque estaban muy ocupados con sus trabajos y cuando estaban en la casa estaban muy cansados.

Franklin se levantaba temprano en la mañana para ir a la escuela. Pero sus hermanos se quedaban durmiendo hasta el último minuto y luego se levantaban apurados. Se iban a la escuela sin asearse y sin desayunar.

En la escuela nadie se sentaba cerca de sus hermanos pues estaban tan desarreglados, sucios y hasta olían un poco mal. Franklin deseaba que sus hermanos cambiaran un poco sus malos hábitos, pero a ellos no les importaba.

Un día en su clase de arte la maestra les pidió que hicieran una pintura. Franklin trabajó arduamente y pintó un arcoíris, ¡hermoso! Su pintura fue la más bonita de toda la clase. La maestra enseñó la pintura de Franklin a todos los estudiantes. Ella puso un sellito en la pintura — ¡Era la pintura más bonita de toda la clase! Así que le dieron el primer premio.

Franklin no estaba acostumbrado a esta clase de atención. Él era un poco tímido. “En realidad no e-e-es tan bonita,” dijo balbuceando. Aunque en lo profundo estaba muy contento por haber ganado el primer premio.

“Me pregunto qué dirán mis padres,” pensaba él, muy emocionado camino a su casa.

Para su deleite sus padres se pusieron muy contentos de su logro.

“¡Miren esto! ¡Tenemos un Rembrandt en nuestra familia!” decía su padre lleno de orgullo.

“¡Este es el arcoíris más hermoso que he visto!” decía la mamá.

El abuelo asentía con la cabeza mientras miraba la pintura, en realidad era una obra maestra.

“¡Pónganla aquí, en esta pared!” demandó el padre.

“Oh, no sé...” decía Franklin, como tratando de decir algo...

Pero su padre insistía. “¡No seas tímido, hijo, la pintura debe estar donde todos la vean!”

Cuando ya la pintura estaba puesta en la pared Franklin se echó hacia atrás. “¿Tú crees,” preguntó en voz baja, “no se vería mejor si la pared estuviese limpia?”

“Tal vez,” dijo el papá. “Tal vez tienes razón. Limpiaré la pared a ver si tienes razón.”

Su padre comenzó a restregar la pared sucia con agua y jabón.

“¡Miren!” dijo. “¡Hay un papel decorativo detrás del sucio!”

“¡Y que diseño más hermoso tiene!” añadió su madre.

Tan pronto como el padre terminó de limpiar la pared Franklin dijo: “Gracias por limpiar la pared. La pintura se ve mucho mejor con la pared limpia.”

“Bueno, una pintura como esa merece ser puesta en un lugar limpio” contestó su papá. “Ahora que la pared está tan limpia, es vergonzoso que el piso esté tan regado. Tal vez debemos hacer algo al respecto”.

“Bien, déjame hacerlo” interrumpió la abuela. He pensado siempre que sería buena idea pasar el trapeador, pero nunca lo había hecho. Ahora hay una buena razón para hacerlo.”

¡Y ella restregó el piso, lo trapeó y lo pulió hasta que brillaba de lo limpio!

Luego toda la familia estuvo de acuerdo en que una pintura que había ganado el primer premio se veía mucho mejor en un lugar limpio y ordenado.

“¡Pero... y las cortinas! Exclamó la mamá de Franklin. Casi olvidamos las cortinas; no las podemos dejar sucias. Debo limpiarlas también.” Así que las quitó de las ventanas y las llevó al patio.

Limpiar esas cortinas tomo mucha agua y jabón. Hizo tanta espuma que se salía por todos lados. Se veía tan tentadora que de momento toda la familia quiso tomar un baño de espuma.

“¡Primero nosotros!” exclamaron contentos los hermanos de Franklin.

Pasaron toda la tarde en la tina, chapoteando, jugando, cantando y riéndose en el agua. Finalmente toda la familia tomo su baño de burbujas. ¡Todos se sentían tan limpios!

Franklin empezó a sentirse mucho mejor con relación a su familia. Se sintió tan bien que muy pronto comenzó a invitar a algunos compañeros de clase para que vinieran a su casa. Su mamá les servía galletas de merienda y si papá encontró una armónica y comenzó a tocar canciones.

El abuelo en ocasiones se unía a Franklin y sus amigos para jugar juegos de mesa. Sus amigos le decían “¡Franklin tu familia es la mejor!”

Franklin no podía hacer otra cosa que estar de acuerdo, su familia era la mejor.

De ahí en adelante la vida para Franklin y su familia fue mucho mejor. Con el ánimo de sus padres Franklin tomó más clases de pintura y su talento floreció. Su mamá, su papá, su abuelo y sus hermanos mantuvieron la casa muy limpia y aún ellos mismos se mantuvieron limpios y en orden.

Adaptación de una historia de *Hans Wilhelm*

LAS REFERENCIAS DE LARRY DEAN

No creo que pueda encontrarse personas más excelentes que Gideon Randal y su esposa. Levantar al caído y cuidar de aquellos en necesidad era su hábito constante y su deleite. A menudo sacrificaban su propia comodidad para el beneficio de otros. Sus amigos protestaban en cuanto a esto en vano, pero claro, la respuesta constante de Gideon Randal era: "Yo creo que queda suficiente para sostenernos a Martha y a mí a través de la vida, y algunas sobras. Lo que damos a los pobres, se lo prestamos al Señor y si llega un día obscuro, Él proveerá."

El "día obscuro" llegó, pero no fue hasta que había alcanzado los 70 años de edad. Mientras más llegaba a la vejez y su pequeña finca se hacía menos productiva, el comenzó a endeudarse más y más. Estando forzado a obtener un dinero, él solicitó un préstamo a un comerciante llamado Sr. Harrington, poniendo su casa como seguridad para el pago. Mientras que Gideon Randal hiciera los pagos regularmente o al menos pagara el interés, el Sr. Harrington estaba contento. Sin embargo, el Sr. Harrington murió repentinamente y su hijo, que no era una persona muy bondadosa, y peor aún, era muy avaro, le escribió una carta al Sr. Randal demandándole el pago completo de la hipoteca.

El anciano le rogó que le diera más tiempo, pero el joven Sr. Harrington le demandaba de tal manera que estaba amenazando al Sr. Randal de quitarle su casa si el pago no se hacía en el tiempo señalado.

"Martha," dijo el Sr. Randal a su esposa, "el joven Harrington es un hombre duro. Me tiene en su poder, y parece no tener ningún problema con arruinarme. Creo que debo ir y hablar con él, decirle lo poco que tengo. Tal vez se compadezca de dos viejos y nos permita tener mejores términos."

"Pero esposo, no estás acostumbrado a viajar; Harrowtown está a 100 millas de distancia, ya estás viejo y frágil también."

"Es cierto, esposa; pero puedo hablar mejor de lo que puedo escribir y además Luke Conway vive allí, recuerdas. Me interesé por él cuando era un pobre niño huérfano; tal vez nos puede aconsejar y ayudarnos ahora que estamos en problemas."

Finalmente, ya que él sintió que tenía que ir, la Sra. Randal consintió con reservas y le preparó todo lo que podría necesitar para su travesía.

La siguiente mañana fue una cálida y soleada para ser noviembre, y el Anciano comenzó su viaje a Harrowtown.

"Gideon," replicó la Sra. Randal mientras caminaba lentamente en el camino, "asegúrate de agarrarte fuerte de las barandas cuando subas y bajes del tren."

"Seré cuidadoso, Martha," y con otro gesto de su mano despidiéndose, el anciano se apuró a tomar el autobús que lo llevaría a la estación. Pero la mala fortuna lo alcanzó desde la misma salida. El conductor del autobús tuvo que parar para reparar una llanta, cuando una de ellas se vació; y esto causó tal retraso que el Sr. Randal perdió el tren de la mañana y el próximo no llegaría por varias horas.

Ya era la tarde cuando finalmente el viaje comenzó. Él estaba ansioso y cansado de haber esperado tan largo tiempo y después de que tres estaciones habían pasado, estaba nervioso y preocupado.

"¿Cuánto falta para que llegemos a Harrowtown?" preguntó deteniendo al ocupado conductor.

"A las 8:30."

Otra pregunta esta lista a salir de los labios del Sr. Randal pero el conductor ya se había ido. "¡No llegaremos hasta el anochecer!"

"¿Cuánto falta para que llegemos a Harrowtown?" exclamó a sí mismo con angustia, "¡y completamente obscuro ya que no hay luna ahora; no sabré a dónde ir!"

Al momento el conductor pasó nuevamente, "¿Sr. Conductor, tendrá la amabilidad de decirme cuándo debo bajarme?"

Nunca he estado en Harrowtown, y no quiero bajarme en el lugar equivocado."

"No se preocupe." fue la respuesta gentil, "Yo le dejaré saber; no me olvidaré de usted."

Calmando con esta seguridad, el anciano se acomodó hacia atrás en su silla y finalmente se quedó dormido.

En la silla detrás de él se sentó un chico alto y atractivo. Su nombre era Albert Gregory. Era brillante e inteligente, pero había una expresión de crueldad en su boca y una apariencia de frialdad e insensibilidad en sus ojos. Este chico vio que el anciano se había dormido y tocó a su compañero.

"Oye, John, en un rato voy hacer una broma bien buena en este anciano pueblerino novato y ya verás "lo divertido".

Y el tren siguió; milla tras milla fueron pasando. La luz del día desfalleció y las luces de los carros se encendieron y aun el anciano dormía, siendo observado por su próximo a ser torturador y el otro chico que deseaba ver "la diversión."

Por fin el tren comenzó a detenerse. Estaban acercándose a una estación. Albert se levantó y sacudió al Sr. Randal violentamente.

"¡Despierte! ¡Despierte!" gritó estridentemente. "Este es Harrowtown. ¡Debe salirse aquí!"

Apenas levantado, el anciano comenzando en su silla miró alrededor confusamente. El cambio de la luz a la obscuridad, la forma poco familiar de levantarse en un tren en movimiento, el destello de las luces añadido a su confusión.

"¿Qué dijiste, niño?" impotentemente preguntó.

"Este es Harrowtown, el lugar a donde quería detenerse. Debe bajarse aquí. Apresúrese o perderá su parada."

Mr. Randal sabía que él no era el conductor quien lo había despertado; pero suponiendo que Albert era un empleado del tren, se apresuró a la puerta con pasos tambaleantes. El nombre de la estación se mencionó al otro lado del carro, un nombre en nada parecido al de "Harrowtown" pero sus oídos sordos no lo notaron. Se salió en la plataforma y antes de que pudiera recuperarse o conocer de su error ya el tren estaba en movimiento nuevamente.

Albert estaba en éxtasis sobre el éxito de su "broma" y temblando de la risa, en la cual, por supuesto, su compañero se le unió. "¡Oh, que divertido!" exclamó, "¿verdad, John?"

John asintió que verdaderamente era divertido.

Ninguno de los chicos notó que la silla previamente ocupada por el pobre anciano había sido ocupada por un caballero de aspecto fino, envuelto en una capa pesada, quien parecía estar absorto en sus propios pensamientos, pero quien realmente había escuchado cada palabra que habían dicho.

Mantuvieron una conversación amena, Albert hablando en un tono alto, ya que se sentía muy animado. "¡Ja, ja, ja!— aunque llegué a pensar que el viejo tonto escucharía cuando dijeran el nombre de la estación. No pensé que pudiera llevarlo más allá de la puerta. ¡Pensar que se trepó en la plataforma, y se quedó! Creyó cada palabra que le dije. ¡Qué delicioso viejo simplón!"

Y no teniendo ya más que decir del asunto comenzó a jactarse de sus planes y probabilidades.

"No creo que tengas mucha oportunidad allá; hablan de las exigencias espantosas de Luke Conway," escuchó el extraño decir a John.

"¡Oh, cállate!" gritó Albert. "¡Exigente! Eso es todo, y eso hace mi oportunidad aun mejor. Traigo la clase de recomendaciones que un hombre exigente quiere, ya verás."

"Pero habrá muchos otros solicitando el puesto."

"No me importa si hay cincuenta," dijo Albert, "Voy delante de todos ellos. Tengo testimoniales de mi carácter y cualificaciones del Prof. Howe, Prof. Joseph Lee, el Dr. Henshaw, y el Sr. H. M. Jenks, el gran contratista de ferrocarriles. Su nombre solo es suficiente para asegurarme el puesto."

En esto, el caballero en la silla siguiente se volvió y echó un vistazo inquisitivo y rápido a Albert. Pero el chico arrogante estaba demasiado ocupado con sigo mismo como para notar el movimiento y siguió hablando. De vez en cuando el pensamiento de su víctima, a la cual había engañado cruelmente, parecía resurgir y le divertía increíblemente.

"Me pregunto dónde estará el anciano ahora. ¡Ja, ja! ¿Supones que ya encontró dónde es Harrowtown? Oh, ¿pero no fue rico ver lo asustado que estaba cuando lo desperté? ¡Y como saltó y salió fuera del carro! Nunca había visto nada tan gracioso."

Aquí el extraño se viró nuevamente y le dio otro vistazo rápido pero esta vez con ojos de indignación y sus labios se abrieron como para decir una reprensión severa. Pero no habló.

Dejaremos ahora a Albert y sus compañeros de viaje, y seguiremos al bueno de Gideon Randal.

Ya era bastante oscuro cuando el salió de los carros. "Puede usted decirme dónde encontrar al Sr. Aaron Harrington?" le preguntó a un hombre en la estación.

"No hay tal hombre que viva aquí, según mi conocimiento" le contestó.

¿Acaso no es este Harrowtown? Preguntó el Sr. Randal en gran consternación.

"No, esto es Whipple Village."

"Entonces me salí en la estación incorrecta. ¿Qué debo hacer?" En una voz de profunda angustia.

Vaya directo al hotel y quédese hasta que el tren vaya en la mañana," dijo el hombre agradablemente.

No había otra alternativa. El Sr. Randal pasó una noche inquieta en el hotel, y en una hora muy temprana estaba de nuevo en la estación. Su rostro estaba pálido y sus ojos descontrolados y ansiosos. "Al autobús se le vació una llanta, y perdí el tren", pensaba, "entonces ese chico me dijo que me bajara aquí. Hice un mal comienzo y temo que este viaje tenga un mal final."

Había muchos pasajeros caminando de aquí para allá en la plataforma, esperando que los carros llegaran. Entre ellos, había un joven común y de apariencia honesta, que había sido acompañado a la estación por su madre y su hermano menor y hermana. Justo cuando se estaban despidiendo, su madre le dijo: "Larry, mira a ese anciano pálido y triste. No creo que esté acostumbrado a viajar. Tal vez tú lo puedes ayudar mientras viajan."

Según llegaba el tren a la estación, el joven se le acercó al Sr. Randal, y le dijo respetuosamente: "Permítame ayudarle señor." Y le tomó por su brazo y lo guió hacia un asiento en el carro.

"Gracias, mi hijo. Me estoy poniendo viejo y torpe y una pequeña ayuda de una mano joven llega oportuna. ¿A dónde vas, si puedo preguntar?"

A Harrowtown, señor. Vi un anuncio en el periódico para un trabajo de dependiente en una tienda y voy a tratar de conseguir el puesto. Necesito un trabajo de verano que pague bien, mi nombre es Larry Dean."

"¿Ah? Estoy seguro que te deseo éxito, Larry, ya que creo que eres un buen chico. Vas al mismo lugar que yo. Quiero encontrar a Aaron Harrington, pero ya he tenido dos inconvenientes. No sé cuál será lo próximo."

"Le mostraré exactamente donde está su oficina. He estado en Harrowtown una buena cantidad de veces."

Media hora después, el conductor anunció la estación en donde debían detenerse. Larry asistió al Sr. Randal a salir del tren y caminó con él a la calle principal. "Aquí es la oficina del Sr. Harrington," le dijo. "Oh, sí, muy agradecido. Y ahora, ¿puedes decirme dónde queda el negocio de Luke Conway?"

"Por qué, ese es el caballero que voy a ver," le dijo Larry. "Su negocio está alrededor de la esquina solo dos cuadras más abajo."

El Sr. Randal estaba muy interesado. Se volvió y estrechó la mano del joven cálidamente. "Larry", le dijo, "El Sr. Conway me conoce. Voy a ir a verle en breve. Estoy realmente agradecido contigo por tu amabilidad, y desearía poder hacer algo por ti. Espero que el Sr. Conway te de la posición, ya que la mereces. Si solicitas antes de que yo llegue allí, dile que Gideon Randal es tu amigo. Adiós."

Quince minutos más tarde, encontramos a Larry esperando en la oficina de contabilidad de la tienda de Luke Conway. Albert Gregory había llegado justo antes que él. El comerciante estaba escribiendo y le había solicitado a los jóvenes que esperaran sentados por unos minutos ya que no

podía dejar de escribir en ese momento. Antes de que él terminara su trabajo, un paso frágil y lento se escuchó y un anciano se detuvo en su puerta.

“Luke, ¿te acuerdas de mí? El comerciante subió la mirada al sonido de la voz. Entonces salto de su silla y agarró las manos del anciano entre las suyas.

“¡Sr. Randal! ¡Bienvenido, mil veces bienvenido, mi benefactor!” aclamó. Sentando a su invitado. El Sr. Conway le preguntó sobre su salud y comodidad y habló con él tiernamente como lo hace un hijo amoroso. Era muy claro al comerciante que el buen anciano había llegado a tiempos difíciles, y le hizo sencillo al anciano que descargara su mente.

“Sí, Luke, estoy en problemas. Aaron Harrington es dueño de la hipoteca de mi finca. No le puedo pagar y me amenaza con quitarme mi casa,” dijo el Sr. Randal, estremeciendo sus labios. “Fui a su oficina pero no lo encontré, y pensé que tal vez puedes aconsejarme sobre qué hacer.”

“Sr. Randal” contestó el comerciante, poniendo sus manos en el hombro del anciano, “hace treinta años cuando estaba frío, hambriento y sin amigos; usted me acogió y alimentó. Su buena esposa — ¡Dios la bendiga!— Ella me hizo un traje con sus propias manos. Usted me encontró trabajo y me dio dinero cuando me salí al mundo solo. Mucho, sino todo, de lo que soy en la vida se lo debo a su empatía y ayuda, mi bondadoso viejo amigo. Ahora que soy rico debe dejarme cancelar mi deuda. Pagaré su hipoteca hoy. Debe tener su casa libre nuevamente.”

El Sr. Randal limpió gran cantidad de lágrimas de sus mejillas y dijo en una voz áspera, “es como le dije a Martha. Yo sabía que si le presto nuestro dinero al Señor, cuando llegue el día oscuro, Él proveerá.”

Se pueden imaginar los diferentes sentimientos de los dos chicos, mientras observaban lo que estaba sucediendo entre aquellos dos hombres.

Cuando el anciano inicialmente llegó, Albert lo había mirado con una mirada de burla, pero la cambió rápidamente a una expresión de consternación enfermiza cuando el anciano fue bienvenido tan cálidamente por el comerciante. Pero su seguridad usual regresó rápidamente. Él pensó que no era probable que el Sr. Randal lo reconociera a la luz del día y estaba determinado a poner un frente valiente.

Por un minuto los hombres continuaron su conversación. El Sr. Conway recordando memorias placenteras de “Tía Martha”, su vida de niño en la finca, y la paz y quietud de pueblo. Él pensó que un viaje por tren de 100 millas debió ser una gran penuria para un anciano tranquilo. “Fue un camino largo para ti”, dijo. “¿Tuviste un viaje placentero?”

“Bueno, no puedo decir eso. Primero, el autobús se arruinó y me retrasé. Luego me quedé dormido en el tren y un joven me jugó una broma al despertarme y hacer que me bajara en la estación equivocada. Me tuve que quedar esa noche en Whipple Village. Para decirte la verdad tuve una gran cantidad de problemas y preocupaciones con una cosa y otra para llegar aquí, pero ya todo está bien”, añadió con un rostro radiante.

“Debes ir conmigo a casa y descansar, tan pronto como termine con estos dos chicos,” dijo el Sr. Conway, serio y volviéndose hacia Albert y Larry, quienes ansiosamente esperaban, él les habló acerca de sus requerimientos.

“¿Supongo que vienen porque vieron mi anuncio en el periódico?”

“Sí, señor,” contestaron ambos simultáneamente.

“Muy bien. Creo que usted llegó primero,” volviéndose a Albert. ¿Cuál es su nombre?

“Soy Albert Gregory, señor. Creo que puedo serle útil. Traje referencias de mi habilidad y carácter de algunos de los principales hombres—Mr. H. M. Jenks, Mr. Joseph Lee, Dr. Henshaw, y otros. Aquí están mis cartas de recomendación,” extendiéndolas al Sr. Conway para que las tomara.

“No me interesa verlas,” respondió el comerciante fríamente. “Te he visto antes. Y conozco tu carácter lo suficiente al presente.”

Él entonces dirigió algunas palabras a Larry Dean.

“Me gustaría trabajar para usted”, dijo Larry. “Mi madre es pobre, y necesito un buen trabajo de verano tanto para ayudar a mi madre como para ahorrar para la universidad, pero no tengo ninguna carta de referencia.”

“Si la tienes,” dijo el viejo Sr. Randal, quien estaba esperando la oportunidad para decir exactamente eso. Entonces le dijo al comerciante cuan cortés y útil Larry había sido para él.

El Sr. Conway fijó sus ojos severamente sobre el otro chico. El contraste entre él y el joven Dean ciertamente valía la lección.

“Albert Gregory,” dijo el comerciante, “Yo ocupé el asiento en el carro frente a ti anoche. Escuché como exulta y perversamente te jactaste de cómo habías engañado a un angustiado e indefenso anciano. Sr. Randal, ¿es este el joven que le mintió, y causó que saliera en la estación equivocada?”

“¡Yo declaro! Ahora lo recuerdo. ¡Él es! ¡Estoy seguro que es él!” exclamó el anciano caballero, fijando sus ojos en el rostro sonrojado del joven hombre.

Fueron inútiles para Albert sus intentos de hacerse excusas; sus tartamudeantes excusas se quedaban en su garganta, y él estuvo contento con esconder su vergüenza al salir tan pronto pudo. Él simplemente salió a hurtadillas, llevándose todas sus “referencias”.

“Larry”, dijo amablemente el Sr. Conway, “Estaré muy contento de darte un empleo en mi tienda. Tendrás un buen pago si lo haces bien, y estoy seguro que lo harás. Puedes comenzar a trabajar inmediatamente.”

Los ojos de Larry bailaron de gozo mientras salía de la oficina de contabilidad para recibir las instrucciones del director de los dependientes.

El Sr. Conway suministró el dinero para pagar la deuda del Sr. Randal al Sr. Harrington, y una pesada carga fue levantada de los hombros del corazón del buen viejo agricultor. Se quedó dos a tres días como huésped en la casa del Sr. Conway, donde fue tratado con el mayor de los respetos y atención.

El Sr. Conway también le compró un set de ropas cálidas, y un abrigo y envió a su asistente personal para que lo acompañara en su viaje de regreso para ver que llegara a salvo a la casa. Él no olvidó la buena Sra. Randal tampoco. Ella recibió una buena cantidad de dinero de regalo de parte del Sr. Conway, y un mensaje lleno de afectuoso agradecimiento. Nunca nada ocurrió para preocupar las vidas de la pareja digna de ancianos.

Albert Gregory aseguró un excelente puesto en Nueva York, pero su falto carácter, y su total indiferencia a los derechos y sentimientos de los demás, hizo de él una persona odiada por sus patronos y todos sus asociados y muy pronto le fue necesario buscar otro empleo.

Él ha cambiado de empleo en innumerables veces, y su carrera ha sido una muy infeliz—otro ejemplo de que los resultados de una vida frívola y naturaleza sin sentimientos.

Larry Dean ahora es un comerciante exitoso, socio del Sr. Conway, y ocupa una posición alta en la sociedad, como un hombre honorable e iniciador. Pero mejor que todo eso, él es cristiano, y encuentra satisfacción y felicidad en el servicio de Aquel que ha dicho, —

*Delante de las canas te levantarás y honrarás el rostro del anciano.
Temerás a tu Dios; Yo soy Jehová. Levítico 19:32*

LA REVANCHA DE ROSE

"BERTIE, aquí está nuevamente tu sombrero, tirado detrás del sofá del balcón en lugar de estar colgado en el armario. Pronto hubieses llamado a toda la familia para que te ayudara a buscarlo. Ven y recógelo. La próxima vez que encuentre tu sombrero fuera de lugar te voy a pedir que te quedes dentro de la casa todo un día. Recuérdalo."

La mamá de Bertie habló enfáticamente. Bertie, un poco acobardada, se dijo a sí misma: "Es mejor que trate de recordarlo. Ella no siempre habla tan seriamente, Mamá realmente lo haría."

El niño estaba en el cuarto de los niños, ocupado pintando con su nueva caja de colores. Rose, su pequeña hermana se quedó observándolo con ojos de admiración. Fue divertido por un momento; pero Bertie cansado de ello dentro de poco y reclinándose en su silla consideraba que haría después. Pronto una brillante idea lo golpeó y saltó.

"Rose, ¿guardarías estas cosas por mí, lo harías?" él preguntó. "No tengo el tiempo."

"¿A dónde vas tan de repente?" preguntó Rose, comenzando a recoger los pinceles y la caja de colores.

"¡Oh, afuera con mi trineo! Les prometí a Jimmy Lane y a Ned Wheeler que iría a deslizarme con ellos esta mañana. Lo había olvidado hasta hace un minuto. Me pregunto dónde estará mi sombrero."

"Oh, Bertie, ¿puedo ir contigo?" rogó Rose. "Yo limpiaré todo esto por ti. No tomará un minuto. Mamá dijo que podría ir contigo la próxima vez que fueras a la colina, si me cuidabas. ¿Lo harías, acaso no, Bertie?"

"No ahora," contestó su hermano, buscando su sombrero debajo de las sillas y las mesas. "¿Supones que un chico quiere tener la molestia de tener que cuidar a una niña cuando él sale para divertirse?"

"Pienso que podrías llevarme," persistió Rose. "Los otros chicos llevan a sus hermanos y no he tenido una buena carrera en todo el invierno. Por favor, Bertie. Te ayudaría a encontrar tu sombrero."

"Gracias, pero ya lo encontré. Para mi asombro, estaba en la percha de sombreros." Antes que Rose dijera otra palabra, Bertie ya se había ido.

Pobre Rose se quedó por un momento en blanco mirándole mientras salía. Entonces su cara se fue enrojando con enojo. "Es un niño egoísta" dijo ella enojada, "y sé lo que haré."

Ahora, Rose no sabía que haría exactamente, y para el tiempo en que su hermano regresó para cenar ya casi lo había perdonado. Lo recordó nuevamente al siguiente día, aunque, cuando su madre llegó al cuarto de los niños dijo: "Rápido niños prepárense. La Sra. Brown llamó para ofrecerme una carrera en el trineo y me dijo que hay espacio suficiente para ustedes. Pero apresúrense, los caballos no deben estar parados esperando mucho tiempo en el frío."

"Oh, cielos," gritó Bertie, saltando de felicidad. "¡El gran trineo de los Browns! ¡Piénsalo, Rose! ¡Sogas de Búfalo y campanas! ¿Dónde en el mundo está mi sombrero ahora?"

Rose se estaba poniendo su abrigo de lana y tomando sus guantes y sombrero. Ella estaba tan ocupada que no escuchó lo que su hermano estaba diciendo y disgustado al verla que casi estaba lista, estalló en reproches en voz alta.

"Sí, eso es todo lo que te preocupa, eres una egoísta," gritó él, "tú ya estás lista y no te importa si me tengo que quedar o no. No he tenido una buena carrera de trineo en todo este invierno, ¿Dónde estará ese viejo sombrero?"

"Sé dónde está el sombrero. Vi cuando cayó detrás del gavetero hace solo un rato. Imagino que si no le digo, y hago que se quede en la casa, esa sería mi revancha." Rose pensó mirando un poco triunfantemente hacia su hermano. Entonces dijo: "Apúrate y ponte el abrigo y los guantes. Yo buscaré tu sombrero." Corrió al gavetero y volvió en lo que su madre aparecía en la puerta.

Bertie se veía avergonzado mientras seguía a su madre y hermana afuera hacia el trineo, todo lo que dijo fue un repentino susurro: "Eres una buena niña, Rose." Se dijo a sí mismo que en serio en esta ocasión había sido un niño egoísta y descuidado y que esta clase de cosas tendrían que cambiar ahora mismo. La "revancha" de Rose trabajó.

RONNY, EL TREPADOR DE SOGA

*No mintáis los unos a los otros. Colosenses 3:9a
Es imposible que Dios mienta. Hebreos 6:18b*

Sucedió en el gimnasio una tarde. El Sr. Skinner, el maestro de educación física, estaba hablando a un grupo de chicos cerca de las sogas que colgaban del techo.

"Esta es la última vez este año que vamos a tratar de romper el récord de la escuela," dijo, "y espero que alguno de ustedes lo haga. Ustedes algunas veces han llegado muy cerca. Cada uno debe tratar un poco más fuerte."

Los chicos sabían exactamente a lo que se refería. El récord de la escuela era 2.1 para subir la de 15 pies comenzando desde la posición de pie. Bob había logrado 2.5 en una ocasión, Dick 2.4 segundos, Jerry 2.6 segundos y Ronny 2.2 segundos. Pero, ninguno siquiera había igualado el récord.

"¡Listos!" dijo el Sr. Skinner, cronómetro en mano. "Bob primero. ¡Uno, dos, tres, fuera!"

Saltando tan alto como pudo, Bob agarró la sogas y subió tan rápido como un mono. Tocó la tabla de la marca de los 15 pies, y entonces se deslizó otra vez y esperaba ansioso para escuchar el resultado.

"Justo bajo los 2.4 segundos," dijo el Sr. Skinner. "Buen intento, Bob, pero no es suficiente. Vamos a ver qué puede hacer Dick."

Dick saltó a la cuerda voló de arriba a abajo otra vez en menos tiempo de lo que toma decirlo. Pero él tampoco fue suficientemente rápido. "Exactamente 2.3 segundos," dijo el Sr. Skinner. "Ahora Jerry."

Jerry trató fuertemente también pero no pudo hacerlo mejor de lo que ya lo había hecho.

"Bueno, Ronny, ahora todo depende de ti," dijo el Sr. Skinner. "Todas nuestras esperanzas están puestas en ti."

Ya para este entonces un grupo de chicos se había acercado al gimnasio. Toda la escuela había escuchado sobre el concurso de subir la sogas y cómo unos cuantos de los mejores trepadores estaban rompiendo el récord. Ahora ellos se habían acercado a ver qué Ronny haría en esta oportunidad.

Ronny quería romper el récord más que nadie pudiera imaginarlo. Él no era de los mejores estudiantes. Nunca obtuvo muy buenas notas, pero podía trepar una sogas. Y pensó que tal vez esta sería una manera en la que él podía traer honor a la escuela que tanto amaba.

"¿Estás listo, Ronny?" preguntó el Sr. Skinner.

"Listo," dijo Ronny.

"¡Uno, dos, tres, fuera!"

Con un brillo en sus ojos y concentración en su rostro, Ronny saltó a la cuerda. Mano sobre mano aceleró al tope. Un momento más tarde está deslizándose hacia abajo otra vez.

"¡Dos segundos!" gritó el Sr. Skinner emocionado. "¡Bien hecho, chico! ¡Bien hecho!"

Una ovación se levantó en todo el gimnasio. ¡Ronny había roto el récord!

"Pero Sr. Skinner," dijo Ronny. "hay algo que tengo que decirle."

"¿Qué es Ronny?" preguntó el Sr. Skinner. Todos los chicos se inclinaron al frente para escuchar lo que Ronny tenía que decir.

"Me temo que no toqué el marcador. Que no le alcancé como por media pulgada."

¡Solo media pulgada! Y nadie lo vio. Ni siquiera el Sr. Skinner. Hubiese sido tan fácil para Ronny dejar que todos pensaran que había tocado el marcador. Pero como se trataba de romper el récord, Ronny no engañaría a los demás a propósito.

El Sr. Skinner lo tomó de la mano y lo miró directo a los ojos. "Estoy orgulloso de ti, Ronny," le dijo. "Más orgulloso de lo que puedas creer. Haz traído más honor a tu escuela hoy por tu honestidad que la que hubieses traído trepando la sogá."

Ya para este tiempo los chicos se estaban aglomerando y preguntándose qué había pasado.

"¿Acaso no rompió el récord?" varios preguntaron.

"No," dijo el Sr. Skinner. "El subió en dos segundos pero falló en tocar el marcador por media pulgada. Está descalificado."

Hubo gemidos por todo el gimnasio. "¡Qué pena!" dijeron algunos.

"¿Por qué no te quedaste callado, Ronny?" dijeron otros.

El Sr. Skinner sopló el silbato. Y cuando el silencio llegó, él dijo, "Por causa de mi equivocación, voy a darle a Ronny una oportunidad."

Ovaciones sonaron nuevamente, con gritos de "Hazlo esta vez, Ronny."

Ronny se paró frente a la sogá.

"Haz un salto alto," dijo e Sr. Skinner.

Arriba salió Ronny, más rápido que nunca, sus manos golpearon el marcador para que todos pudieran verlo. Llegó abajo a la velocidad de un rayo.

"¡Magnífico!" grito el Sr. Skinner, dándole palmadas en la espalda a Ronny. "¡Lo hiciste en 1.9 segundos y rompiste el récord en pedazos!"

Uncle Arthur's StoryTime

SABIO COMO SALOMÓN

¿Alguna vez has escuchado a alguien decir: “Esa persona tiene la sabiduría de Salomón”? Salomón, el hijo del rey David en la Biblia, fue uno de los reyes más sabios que tuvo Israel. Así que cuando la gente diga, “Ella tiene la sabiduría de Salomón,” quieren decir que, “Ella es muy, muy sabia.”

No muchas personas son así de sabias, pero el juez en nuestra historia lo fue. Él tenía la sabiduría de Salomón. ¡Escuchen!

Había una vez un hombre rico. Un día se le perdió su billetera. Tenía dos mil dólares en ella. El hombre rico estaba desesperado. Dos mil dólares es mucho dinero, aún para un hombre rico.

El hombre rico puso un anuncio en el periódico que decía:

**PERDIDA: UNA BILLETERA CON DOS MIL DOLARES.
RECOMPENSA: QUINIENTOS DOLARES.**

Pasó, que un hombre pobre encontró la billetera. El leyó el anuncio y rápidamente devolvió la billetera al hombre rico. Mientras daba la billetera, tendió su mano para recibir la recompensa de los quinientos dólares.

Pero el hombre rico pensó, quinientos dólares es mucho dinero, demasiado dinero para este hombre pobre. Así que le preguntó al hombre pobre, “¿Dónde está el diamante que estaba en la billetera?”

El hombre pobre respondió, “¿Diamante? ¿Qué quieres decir? No había ningún diamante en tu billetera.”

“Oh, sí, ¡había!” dijo el hombre rico. “¡Y lo tomaste! Por eso no te voy a dar la recompensa de quinientos dólares.”

El hombre pobre fue al juez de la ciudad, quien tenía la sabiduría de Salomón y le contó cómo había sido engañado.

El juez le pidió a ambos, al hombre rico y al hombre pobre, que se presentaran en la corte. El juez le dijo al hombre rico, “Dijiste que tu billetera tenía dos mil dólares y un diamante. No hay ningún diamante en esta billetera, así que no es tu billetera. Por tanto, dejaré que este hombre pobre se quede con la billetera y los dos mil dólares en ella hasta que encuentre a la persona que la perdió. Mientras tanto, hombre rico, siga buscando la billetera que perdió con el diamante dentro.”

Les digo, el hombre rico cambió de opinión rápidamente y de inmediato le dio al hombre pobre los quinientos dólares de recompensa.

Tomado de *HALIGN* por John Timmer, Zondervan Publishing, 1997.

LA TENTACIÓN

Dos chicos, los dos de aproximadamente 15 años, fueron empleados como dependientes en una gran tienda de comestibles. Walter Hyde era el hijo de una viuda discapacitada y sus ingresos eran su único medio de subsistencia. Andrew Strong era el hijo mayor de un mecánico con una familia grande que dependía de él para su sustento diario.

Los dos chicos eran muy capaces y hacendosos; ambos eran miembros del Club de Templanza que se había comenzado en su iglesia. Habían sido empleados recientemente en el negocio.

Walter y Andrew eran buenos amigos pero no habían estado empleados en la tienda por mucho tiempo cuando se enteraron que el Sr. Bates, el dueño, vendía bebidas alcohólicas en el lugar.

Ambos chicos conversaron sobre si era sabio permanecer en un lugar donde se vendía licor. Ellos no tenían nada que ver con la venta del licor, pero se preguntaban si deberían trabajar en un lugar donde se vendía.

“Hablemos con nuestros padres en la casa”, dijo Walter, “ellos saben más. Debo hacer lo que mi mamá diga.”

“Hablaré con mis padres”, dijo Andrew. “No sé si ellos piensen que debo irme, pero sé que titubearan ante el hecho que pierda mi trabajo”.

“Madre”, dijo Walter Hyde, sentándose al lado de su sillón, “¿sabías que el señor Bates vende licor?”

“¿Qué?, no, hijo mío,” dijo la Señora Hyde sobresaltada; “¿de verdad?”

“Sí. Yo no lo sabía hasta hoy. ¿Qué piensas sobre quedarme ahí? No tengo nada que ver con el departamento de licor, pero no me parece correcto quedarme donde lo vendan.”

Por un momento, la mamá no contestó. La pobreza es algo duro con qué lidiar y la Señora Hyde sabía muy bien lo que representaría que su hijo perdiera el trabajo. Pero según meditaba, vino a su memoria el recuerdo de un chico que ella conoció en su niñez; un muchacho muy valiente, de buen ánimo con la promesa de una adultez noble tal como la que recaía en su propio hijo. Algo muy pequeño tronchó sus esperanzas y lo llevó a la tumba como un borrachón.

“No nos metas en tentación.” ¿Cuándo serían estas palabras más dolorosamente pronunciadas?

“Mi hijo, oremos”, dijo esta madre cristiana. Juntos se arrodillaron en oración a la grata luz del fuego.

“Te puedo contestar ahora, Walter. Prefiero pasar hambre que exponerte a esa tentación. Puedes decirle al Señor Bates en la mañana que no puedes seguir trabajando para él.”

En su casa esa noche. Andrew Strong les hizo la misma pregunta a sus padres.

“¿Tú dices que no tienes nada que ver con el licor?” preguntó el Señor Strong.

“No Señor, pero estoy justo donde está todo el tiempo. No puedo evitarlo si permanezco ahí.”

“Si nosotros pudiéramos manejarnos sin tu salario, no te permitiría permanecer un solo día mas, pero tengo tantas bocas que mantener y nuestra renta está a punto de vencer. Si renuncias, quizá no consigas otro trabajo en buen tiempo.” “¿Qué piensas, Anna?”, le preguntó a su esposa, “¿será mejor que se vaya?”

La señora Strong estaba preocupada por el dinero así que sugirió un compromiso: “déjale quedarse un poco de tiempo” dijo ella, “hasta que paguemos la renta, mientras tanto, busca un nuevo trabajo para él. No le permitiremos quedarse más de lo debido.”

Al próximo día, Walter Hyde renunció a su puesto. Cuando Walter se vio sin trabajo, no se sentó y bajó sus manos desalentado sino que se fue a buscar otro trabajo. Tomó un poco de trabajo aquí y allá hasta que un caballero, impresionado por su semblante franco y valiente, y conociendo algo de su historia, se interesó por el muchacho y le consiguió un trabajo como oficinista en un establecimiento manufacturero, una posición mucho mejor que la que tenía anteriormente.

Andrew Strong permaneció en la tienda del señor Bates. "Era por solo un corto tiempo," dijeron sus padres. Ellos iban a conseguirle otro trabajo tan pronto fuera posible. Su padre indagó al respecto siempre que lo pensó factible, pero nunca apareció algo. Al principio no parecía que algún mal había resultado de esto. La familiaridad con el peligro hace que éste parezca menos dañino, así que la familia cesó de sentirse incómodos con respecto a la tentación que rodeaba a Andrew.

Por mucho tiempo Andrew recordó su promesa y fue cauteloso en evitar el departamento de licores de la tienda. Pero según pasaron los días y llegó a acostumbrarse a ver y oler el licor, ocasionalmente probó bebidas embriagantes. Ya no asistía a las reuniones del Club de Templanza ya que, luego de romper su promesa, sentía que no tenía ningún derecho de estar ahí. No tenía el valor ni la resolución de confesar sus malas acciones y cambiar su camino.

Pasaron veinte años. En una de nuestras grandes ciudades manufactureras, el acaudalado dueño de la mitad de las fábricas del lugar caminaba por la calle un día y ve un hombre borracho a la orilla de la calle. Se paró para ver si podía hacer algo por el pobre hombre.

"¿Conoce usted a este hombre?" le preguntó al superintendente de una fábrica que pasaba por allí.

"No, es un extraño por aquí. Vino a mí ayer en la mañana para trabajar en la fábrica. Lo contraté, y me dijo que hacía tanto tiempo que estaba sin trabajo que no había podido conseguir nada que comer. Le pagué por el trabajo de ayer para ayudarlo a que consiguiera algo de comer pero parece que lo gastó en licor."

"¿Cómo le dijo que se llamaba?" Preguntó el dueño de la fábrica.

"Andrew Strong," fue la respuesta.

"¡Es posible! El caballero miró larga y seriamente al vagabundo y luego dijo: "Sí, debe ser él." Luego, volviéndose al superintendente, le dijo: "señor Horton, ayúdeme a llevar este hombre a mi casa, le devolveré el favor algún día."

El señor Horton se sorprendió pero hizo lo que su jefe le pidió.

Cuando Andrew Strong despertó de su borrachera se encontró en una habitación bien amueblada, rodeada de muchas conveniencias. A su lado estaba sentado un caballero a quien él no recordaba haber visto jamás.

"¿Dónde estoy, qué significa esto?" demandó al recuperar sus sentidos. "¿Por qué estoy aquí?"

"Andrew Strong" dijo el extraño, "¿Me recuerdas?"

"No, nunca le había visto antes." Fue la respuesta.

"Estás equivocado. Tú y yo fuimos buenos amigos. ¿No recuerdas a Walter Hyde, quien trabajó contigo en la tienda?"

"Sí, sí," fue la respuesta, "pero, ¿tú eres Walter?"

"Soy el mismo muchacho que habló contigo sobre irnos de la tienda por causa del licor que allí se vendía."

El hombre miró con ojos cansados a la cara de su acompañante, y luego de una larga pausa dijo: "entonces supongo que tú eres el Hyde que es dueño de estas fábricas."

Una pausa, luego un gemido del pobre borrachón. "¡Oh! Si mis padres me hubieran alejado de aquel negocio de licores. Ahí fue donde me perdí. Si hubiera dejado aquel lugar como tu hiciste, a lo mejor hoy sería un hombre honorable y respetado."

"Pobre amigo mío, no te desesperes," dijo Walter Hyde. "Aún no es muy tarde para que te reformes, te ayudaré."

Él le ayudó y Andrew Strong se convirtió en un hombre respetado por sus amigos y una bendición a la sociedad.

LOS GUANTES TENTADORES

Era ese momento en el año en el que las tiendas tenían sus ventas a precio especial. En el centro comercial destellaban un sin número de letreros y sus brillantes luces se reflejaban hermosamente por los diferentes artículos a precio especial. Esto atraía e invitaba a los compradores.

Muchos niños pasaban y quedaban asombrados con la cantidad de cosas bonitas y maravillosas acomodadas allí. Tanto así que algunos eran convencidos, luego de tanto buscar, a gastar el poco dinero ahorrado para estas ocasiones.

Algunos padres y amigos de los niños estaban frente a los diferentes negocios, comprando y evaluando la mercancía.

En medio de todos esos adultos y niños que llenaban el centro comercial, se encontraba una joven llamada Magdalena. Ella se encontraba sola, y miraba tristemente todos los artículos brillantes y bien acomodados en cada lugar.

Sus padres eran muy pobres, y por esta razón ella trabajaba a tiempo parcial para una mujer adinerada. Ella trabajaba luego de la escuela haciendo mandados y en la casa de la mujer. Ella no recibía mucho por sus servicios, pero lo que recibía lo entregaba fielmente a sus padres. Aunque ellos trabajaban, su salario era limitado y tenían otros niños que alimentar y vestir.

Durante ese día, Magdalena fue enviada a hacer un mandado por la mujer. Su destino la llevó a un centro comercial. Ella hubiera estado agradecida de poder comprar algo para satisfacer su necesidad, aunque no tenía dinero para gastar en ella misma.

Ella pensó, “puedo dejar los juguetes, o cosas bonitas, si pudiera comprar un traje para el frío, una bufanda, o un par de guantes calentitos”.

Aunque era casi el fin del mes de noviembre, el clima estaba muy frío. Magdalena temblaba y sus dientes chasqueaban ya que su abrigo era muy delgado. Ella soplaba sus manos casi congeladas y trataba de calentarlas en sus bolsillos.

“Yo no deseo pastel o dulces, muñecas o juguetes, pero sí deseo un par de guantes calientes”.

Ella se acercó a uno de los negocios en donde vendían prendas de vestir. El viento frío parecía penetrar hasta los huesos de la pobre niña, ella temblorosa trataba de calentarse ella misma.

En el lado derecho de la tienda, sobre el mostrador, había un par de guantes de lana calientes, cubiertos por una tela muy suave. Magdalena los vio, y mientras más los miraba más le gustaban. Parecía como si fueran del tamaño de su mano.

Su mirada quedó fija en los guantes —desde el momento en que los vio sus manos se sintieron calientes.

Pero no podía comprarlos. Estaban bien fabricados —debían ser muy costosos.

Luego vino otro pensamiento a su mente, “los tomaré en secreto”. El empleado de la tienda se encontraba al otro lado de la tienda atendiendo a un cliente, muy comprometido ofreciéndole sus productos. Magdalena se encontraba sola al lado de los guantes.

Ella pensó y reflexionó —pero los guantes eran tan bonitos y se veían tan calientes; sus manos, las cuales había sacado de su delantal estaban tíasas por el frío.

Ya ella había estirado su brazo y estaba a punto de agarrar los guantes y ocultarlos. Todo su cuerpo estaba caliente y frío de momento a momento, su corazón latía fuertemente, no podía casi respirar, estaba temblando. De pronto comenzó a escuchar claramente el sonido de música de una de las tiendas cerca.

El sonido era como una voz, advirtiéndole seriamente y hablándole al corazón de Magdalena. Rápidamente ella retiró su brazo, y dejó los guantes sobre el mostrador.

Era como si su conciencia tuviera una voz. Para Magdalena era como una música solemne que le decía, “No está bien para ti hacer eso. ¡No debes robar!”.

Magdalena obedeció su conciencia. Ella se dio la vuelta para irse de la tienda, mientras entró una mujer bien vestida abrigada con abrigo muy caro.

Ella examinó y compró algunos artículos. Luego tomó los guantes en sus manos, los cuales habían tentado a Magdalena. Ella le preguntó el precio al cajero e inmediatamente los compró. Magdalena observó esto y estaba agradecida de que habían retirado los guantes de su vista.

Cuando la mujer se volteó para irse de la tienda, Magdalena la reconoció. Era la mujer para quien ella trabajaba.

Ahora, ¿para quién habría comprado los guantes? Seguramente no eran para ella. ¡Difícilmente podría usarlos! Su mente estaba ocupada con esos pensamientos. Magdalena se fue precipitadamente a terminar el mandado al que la habían enviado.

De regreso a casa, Magdalena pasó por la tienda en donde ella había visto los guantes. Ella dijo, mientras pasaba por el lugar en donde había sido tentada, “¡Qué momento tan lleno de temor fue ese! Dios, ¡te agradezco que me advertiste y me libraste del peligro que me pudo haber destruido!

¡No! Hubiera preferido estar hambrienta o congelada a—“¡Te llevaremos a la estación de policía, joven! ¡Aprenderás a mantener tus manos lejos! Te curaremos de que sigas robando en las tiendas”.

Magdalena se sobresaltó con esas palabras tan duras por la conmoción que había pasado.

Un oficial de policía había agarrado a un joven y lo estaba llevando a la estación de policía por robar en las tiendas.

Magdalena dejó la tienda rápidamente con su corazón latiendo fuertemente, no se detuvo hasta que llegó a la casa de la mujer en donde ella trabajaba.

Mientras entraba a la sala— ¡Oh que gran sorpresa! La mesa estaba cubierta de regalos. Había artículos muy bonitos y útiles—pasteles y dulces, ropa, pero sobretodo los guantes que ella tanto había deseado.

La mujer que le había dado el trabajo se acercó a Magdalena y tomó su mano. “Querida Magdalena, eres tan honesta y trabajadora, tan amable y sincera, has trabajado para mí y me has servido tan fielmente. Toma estos obsequios como una expresión de mi gratitud. Estos son regalos muy especiales de mí para ti. ¡Mira! Todo lo que está en la mesa es tuyo; ¡tómalo y siéntete feliz!”

Magdalena le agradeció con lágrimas de alegría y sorpresa. Independientemente ella se sentía muy extraña en ser la única en recibir esos artículos de la mujer para quien ella trabajaba. “¡Mira aquí hay una gorra, un par de zapatos, una bufanda! ¿Y qué me dices de estos guantes? ¿Estás feliz con ellos? Sí, ¡ellos mantendrán tus manos muy calientes! Ahora lleva todas estas cosas a tu casa—enseñale a tus padres lo que te has ganado por tu honestidad y por tu trabajo”.

Más tarde esa noche, en el cuello de su madre, con sollozos y lágrimas, Magdalena le contó de su pecado y tentación y de la gran gentileza de la mujer para quien trabajaba.

Su madre le dijo, “sé buena, mi niña y ora para que puedas mantenerte alejada de deseos pecaminosos; ¡de esta forma te irá bien! Esa misma noche, antes de Magdalena ir a la cama, se arrodilló y oró. “Padre nuestro, no me dejes caer en tentación, ¡líbrame del mal! Amén.

UN MINUTO MÁS

En un radiante día soleado, mientras Ned estaba sentado a la mesa en el desayuno, el trataba que su madre o su hermana le dijeran a dónde iban todos.

"Yo estoy en la tinieblas tanto como tú," dijo Carolyn. "Pienso que mamá tenía temor que divulgara el secreto ya que algunas veces me llama su pequeña parlanchina. Todos debemos estar listos a las 10 puntuales."

"Bueno, creo que sabremos en unas pocas horas. Mira, aquí está Charley Wood. Le prometí mostrarle algo en mi taller." Salió corriendo Ned.

Los chicos jugaron hasta pasadas las 9 y entonces, en lugar de ir directamente a la casa para estar listo puntualmente a las 10, Ned pensó: "Oh, todavía tengo tiempo suficiente para reparar mi chiringa."

Dos o tres veces sus ojos miraron su reloj, pero aún quedaban algunos minutos disponibles, él pensó. Cuando volvió a mirar, se sobresaltó a dares cuenta que eran 3 minutos pasadas las 10. Para el tiempo en que se puso su sombrero y se apresuró al cuarto del frente, él estaba 5 minutos tarde y nadie estaba allí.

No podía creer que su madre podía decepcionarlo así por un retraso tan pequeño, así que llamó a Carolyn. Entonces corrió al cuarto de su madre a ver si estaba allí, después a la puerta principal; pero no quedaba nadie.

"¿Por qué su madre no le dijo a dónde iría? Entonces podía alcanzarla. Ahora no sé a cuál dirección ir," murmuró Ned.

Es por esta razón que su madre no le había dicho a Ned a dónde iba, él tenía el hábito de tratar de compensar el tiempo perdido apurándose en el último minuto.

La Sra. Gray había planificado ver a su hermana, quien vive en una finca. Ned y Carolyn la habían visitado en una ocasión y habían tenido un gran tiempo con sus primos. Ellos jugaron en el henil, buscaron huevos, ayudaron a alimentar al ganado, y cabalgaron los caballos al agua. Ellos en muchas ocasiones le habían suplicado a su madre que los llevara nuevamente, pero ella había tenido muchos quehaceres y no podía salir.

¡Pobre Ned! Cuando supo que su madre y su hermana se habían ido, él era un chico decepcionado. Medio avergonzado de que Jane, la sirvienta, viera sus lágrimas y supiera lo miserable que era, se fue nuevamente a jugar. Él sabía que si su madre regresaba Carolyn seguramente iría a la casa de juegos a buscarlo, así que se quedó allí hasta la hora de la cena. Jane llamó a Ned a cenar. Ella había vivido en la casa de los Gray por largo tiempo y conocía la debilidad de Ned. Ella le había prometido a la Sra. Gray no decirle a él dónde habían ido hasta la hora de la cena. La mujer vio al niño entrar al comedor cabizbajo y con cara triste. Viendo la mesa puesta para una persona solamente, Ned se sorprendió ya que su madre rara vez estaba fuera de la casa todo el día.

El niño se sentó con su comida solitaria y cuando Jane apareció con un pedazo pastel, él preguntó por qué su madre no estaba en la casa para la cena.

"Oh, Ned," ella contestó, "tu madre no volverá hoy ni tampoco mañana. No, no hasta el lunes en la mañana. Ella y Carolyn fueron a visitar a tu tía Mary."

Esto fue demasiado para el joven. Soltando el tenedor y el cuchillo se apresuró a subir a su cuarto, donde se lanzó en la cama a llorar amargamente.

Cuando se recobró de su primer estallido en llanto, él recordó la solicitud de "no olvides," que esperaba que estuviera "en el salón del frente a las 10 en punto." Ahora entendía que ella debió haber salido a la estación con Carolyn al mismo momento en que la aguja marcó la hora. Fue una buena lección. Él sabía que su madre no pretendía ser cruel con él, y decidió mejorar su puntualidad.

Con una cara radiante, de la cual toda tristeza se había desvanecido, Ned se presentó a su madre y hermana cuando llegaron a la casa el lunes en la mañana. La Sra. Gray vio inmediatamente que la lección fuerte que se vio obligada a enseñarle no había sido en vano.